

EL PODER ESTELAR

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

En un planeta, del que en ningún momento se llega a conocer el nombre, la sociedad se había reorganizado en torno a un feudalismo paternal cuya espina dorsal eran unos caballeros andantes que, al servicio de los diferentes monarcas, se encargaban de velar por la paz y el orden. Medio monjes y medio soldados, un tanto al estilo de las antiguas órdenes militares históricas, estos caballeros se acogían a la tutela de la religión oficial del planeta, benévola y tolerante, estructurada en torno al culto a Taron y Diala, una pareja de dioses supremos simbolizados por las respectivas lunas del planeta. Como símbolo de su categoría los caballeros, vestidos y armados a la manera medieval, ostentaban colgadas al cinto unas antiguas pistolas reliquias de los tiempos imperiales las cuales, pasadas de padres a hijos a lo largo de varias generaciones, hacía ya mucho tiempo que habían perdido sus reservas energéticas, quedando reducidas pues a una simple afirmación pública de autoridad.



A. Thorkent

El poder estelar

Bolsilibros: El Orden Estelar - 10
Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 503

ePub r1.0
xico_weno 08.09.15

Título original: *El poder estelar*
A. Thorkent, 1980

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




La conquista del
ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

El caballero Dole de Taran musitó una oración a los dioses cuando vio la luz en el cielo.

Era una noche sin lunas. Ta y Rya estaban ausentes aquella noche, por lo que el trazo luminoso fue más intenso. Describió un arco procedente del Este y descendió cada vez más despacio, en dirección Oeste. Desapareció detrás del bosque.

Durante unos instantes, el jinete vaciló… Su curiosidad le impulsaba hacia dónde había caído la luz. Sólo temía a sus dioses, pero las leyendas hablaban de objetos caídos del cielo a los que un mortal no debía acercarse.

Desde pequeño, Dole había sido educado en la primitiva religión, menos dura que la actual que se había implantado apenas hacía treinta años, Taron, el dios, y Diala, la diosa, eran magnánimos con los hombres. No cabía la venganza pueril en ellos; pero ahora los sacerdotes decían todo lo contrario, implantando unos dogmas sangrientos.

Resueltamente, Dole montó en su caballo y soltó las bridas. Suavemente, manejó las espuelas y el animal comenzó a trotar en dirección al bosque. Calculó que llegaría en poco menos de media hora en él. Sólo las luces de las estrellas le iluminaban el áspero camino.

Quería saber lo que era aquella luz y estaba, seguro de hallar el lugar donde había caído. Su sentido de la orientación era magnífico.

Sólo la sensación de perder un tiempo precioso enturbiaba el deseo de satisfacer su curiosidad.

* * *

La necesidad de llegar cuanto antes a la Ciudad Dorada era grande. De su cintura pendía el arma, casi totalmente agotada. De

poco podía servir a un caballero como él en aquellas circunstancias. Pero también llevaba una espada larga y ancha hoja afilada, con la cual podía ser un mortal enemigo para quien se atreviera a enfrentársele… Siempre que lo hiciera, también, en igualdad de condiciones.

El movimiento del caballo hizo sonar metálicamente la bolsa de piel llena de monedas de oro. Con aquel dinero, pensó Dole, tenía de sobra para satisfacer a los sacerdotes y lograr que su arma fuera restaurada de poder. Un caballero no debía de depender sólo de su espada, por muy hábil que fuese con ella.

Hubo un momento en que se perdió. El terreno descendía y dejó de ver la negrura del bosque en el horizonte. Al elevarse de nuevo en un montículo volvió a verlo, pero se mordió los labios, pensando que iba a necesitar más tiempo del previsto en encontrar el sitio exacto donde la luz había descendido.

* * *

Los tres hombres habían dudado largo tiempo antes de decidirse a actuar.

Aquella especie de cilindro transparente tenía luz en su interior y gracias a ella podían ver el cuerpo que yacía sobre una superficie mullida.

Era una mujer, muy bella y de maravilloso cuerpo, que se adivinaba por las ajustadas ropas que vestía.

El cilindro estaba enterrado en el suelo del claro del bosque apenas medio palmo. Al tocarlo uno de los hombres, soltó un gruñido. Estaba ligeramente caliente.

—Por Taron —musitó un hombre alto, el más alto de los tres, blandiendo pensativo una enorme hacha—, esto puede ser cosa de los demonios.

—Idiota —escupió el hombre que había tocado el cilindro—. Siempre serás un idiota supersticioso, Kale. Esa mujer es tan mortal como tú y yo. Si pudiéramos abrirlo…

Comenzó a manipular en los bordes. Sus toscos dedos tantearon las junturas, que encajaban a la perfección. Casi estaba a punto de abandonar el intento cuando tocó algún resorte y la parte superior del, cilindro se abrió, deslizándose hacia un lado. La luz interna se apagó. Sólo la antorcha que empuñaba el llamado Kale proporcionó

una difusa claridad.

El hombre saltó, asustado y se reunió con el tembloroso Kale. Entonces intervino el tercer hombre, pequeño y robusto. Escupió a los dos asustados compañeros.

—Hay que sacar de ahí esa mujer —dijo.

—Pues hazlo tú, si eres tan valiente —dijo Caron.

Se llamaba Endere y era como, el jefe del grupo. Le obedecían porque era el más ilustrado y también el que siempre pensaba algo para conseguir dinero o planear un robo lucrativo.

Endere hizo una señal a Kale para que se aproximara con la antorcha. Observó a la mujer. Nunca había visto algo tan hermoso. Sintió que su sangre corría veloz por las venas y adelantó una mano para tocarla.

Recorrió los pechos, altivos. Debajo de la ropa suave debía haber un cuerpo perfecto, de piel cálida. Parecía dormida. Notó que respiraba, aunque muy lentamente. Una cascada de cabellos blancos, brillantes, se desparramaban sobre la pequeña almohada.

La tomó entre sus fuertes brazos y la sacó del cilindro.

—Es una mortal —dijo triunfante a sus amigos—. Si fuera una diosa ya me habría fulminado. Volvamos al campamento.

Habían estado a punto de echarse a dormir, después de una frugal cena, cuando el ruido del cilindro al caerles hizo correr hacia allí. Los caballos habían relinchado, asustados.

Endere tuvo que convencer a Kale y a Caron para que le acompañaran. Los dos estúpidos tenían demasiado miedo… Ahora caminaban junto a él, riendo y comentando lo sucedido.

Llegaron al campamento unos minutos más tarde. La mujer seguía inconsciente y Endere la depositó suavemente al lado del fuego, sobre la manta que iba a servirle de lecho.

Los tres hombres la observaron en silencio.

—Es muy hermosa —Endere pasó suavemente la mano por la mejilla de la mujer—, y muy atractiva.

—Nos podrá alegrar la noche —comentó, nerviosamente, Kale.

—Vale mucho dinero —repuso Caron—. En Ciudad Dorada pagarán un buen dinero por ella, una fortuna incluso por algo tan perfecto. Sería una estupidez estropear la mercancía. Y si es virgen el precio será mayor.

—Hace mucho tiempo que no veo una mujer —musitó Endere—.

No me importa conseguir menos dinero. Y tal vez no sea doncella ya. De todas formas, esperaré a que despierte. Yo seré el primero.

—A mí no me importa que esté dormida —dijo Kale arrodillándose junto a la mujer y buscando el lugar del vestido para abrirlo.

Endere le empujó.

—Yo deseo que despierte antes. Y seré el primero.

Caron permanecía en silencio. Las mujeres no eran su debilidad, pero con el dinero que obtendría por ella podría conseguir en Ciudad Dorada los placeres que más le complacían. No tenía la menor intención de intervenir en la disputa entre Endere y Kale.

Endere rozó la empuñadura de su espada, corta y de triple punta. Kale deglutió al ver el gesto. Había observado demasiadas veces a Endere usar aquel arma, capaz de cortar tres veces de un solo tajo a un hombre.

—Esperaré —dijo. Se retiró como un reptil hasta un árbol apartado.

Endere sonrió entre dientes y volvió su atención a la mujer. Frunció el ceño, buscando cómo liberarla de aquel ajustado traje.

Halló cerca del cuello algo metálico, que apretó. Súbitamente, sorprendiéndole, el vestido se separó en varias piezas.

Contuvo la respiración, a la vista de la blanca piel. Aún estaba absorto en la contemplación cuando escuchó el segundo grito de alerta de Caron.

Se volvió.

A pocos metros de la fogata, un hombre con armadura les miraba, sosteniendo con una mano las bridas de un caballo enorme, negro, hasta hacerse brillante. La otra mano estaba cerca de la empuñadura de una larga espada.

—Saludos, viajeros.

Había hablado seguro, como si la presencia de tres hombres, que por su catadura sólo podrían ser salteadores, no le importara.

Endere dedujo pronto que tenían delante a un caballero de la Suprema Pareja… Y sabía que las reacciones de éstos eran imprevisibles, pero era aconsejable ofrecer hospitalidad.

—¿Qué deseas?

—Un poco de calor de ese fuego. Y también, si es posible, agua.

—No eres bienvenido, pero te daremos agua. Cuando sacies tu

sed debes marcharte.

—Pareces no reconocerme —dijo Dole. Sus ojos vigilaban a los tres hombres.

—Sé que eres un caballero, pero hoy en día eso no tiene mucha importancia. Taron y Diala, la Suprema Pareja, puede prescindir de sus servidores.

Dole, tomó la cantimplora que le tendió Kale a una indicación de Endere. La acercó a sus labios, pero no llegó a beber.

—¿Es que mi presencia os molesta? El Código debe obligaros a ser más corteses conmigo, a no ser que me consideréis como enemigo. Taron dice que la noche es para descansar, no para disputar, ni siquiera con rufianes como vosotros.

Caron y Kale habían tomado sus armas. Endere soltó una carcajada.

—No puedes asustarnos, caballero. Veo que tu pistola no reluce. Con sólo tu larga espada no puedes intimidarnos. Seguramente te dirigías a Ciudad Dorada a recobrar el poder.

Sin hacerle caso, Dole avanzó Unos pasos, acercándose a la mujer inconsciente.

—He visto el objeto de cristal. De él habéis sacado esta mujer. Yo vi caer del cielo la luz. ¿Cómo os habéis atrevido a tocarla?

—Es nuestra. Será una esclava valiosa para quien desee gozarla. Pagarán bien por ella.

—Y vosotros estabais a punto de probar la mercancía, ¿no?

—Ése es asunto nuestro. Debes irte, caballero. —Endere empuñó su espada de tres puntas. El acero brilló a la luz de la hoguera.

Dole soltó las bridas de su caballo. Vertiginosamente, su mano derecha tenía la espada de larga hoja, que hizo centellear hacia la derecha. Kale gritó roncamente al sentirse herido. Soltó el hacha de doble filo y se revolcó en el suelo.

Endere y Caron atacaron al mismo tiempo y separadamente. Pero Dole manejó su espada con la velocidad de un rayo. Contuvo el ataque de Endere y consiguió hacer saltar el arma de las manos de Caron.

El jefe de la partida de ladrones sabía manejar su terrible arma. Imperturbable, Dole fue anulando todos sus ataques, hasta conseguir que la faz de Endere se fuera ensombreciendo.

Caron había recuperado su espada, que sostenía con las dos

manos. Dole le haría herido en el antebrazo y la sangre empezaba a entintar la hoja cerca de la empuñadura.

Sorprendiendo a sus contrincantes, Dole lanzó un grito de combate y abrió la burda guardia de Caron. Esta vez el rufián no salió tan bien librado. El acero del caballero cercenó su cuello. Se derrumbó al suelo como un guiñapo, con la cabeza casi separada del cuerpo.

Endere, maldiciendo, se lanzó a un ciego ataque. Los tres filos de su espada centellearon apenas a una pulgada del rostro del caballero.

Dole retrocedió unos pasos, dejando que Endere se confiara. Entonces se echó a un lado y asestó el golpe definitivo sobre los riñones de su contrincante. La larga hoja penetró en el cuerpo, tiró de ella y, rompiendo varias costillas, dejó posar su aguda punta sobre la hojarasca, observando como Endere, hincando las rodillas, caía de bruces sobre el fuego.

Cuando empezó a oler a carne quemada, Dole haló del cuerpo, apartándolo del fuego.

Luego se dirigió hacia el primer rufián que hiriera. Aún jadeaba, moribundo. Con un decidido tajo acabó con sus sufrimientos. Arrimó más leña a la fogata y observó el cuerpo de la muchacha.

Su mirada se detuvo, sobre todo, en el bello rostro, sereno. Arrodillándose a su lado, posó la mano sobre el pecho izquierdo. Sonrió al notar los latidos del corazón. Seguramente se había desvanecido por alguna causa. ¿Por la presencia de los tres ladrones? Posiblemente, pensó, ya estaba inconsciente cuando fue hallada.

Quizá volviera pronto en sí. Rogó a Diala que la protegiese.

Despojó los cadáveres de las escasas monedas que portaban, hizo un montón con las armas cerca del fuego y luego los transportó dentro del bosque. Ya se retiraba al claro cuando escuchó las sigilosas pisadas de las hienas, los basureros. Ellos se encargarían de limpiar de carroña el lugar.

Inspeccionó los caballos de los ladrones. Sólo uno fue de su satisfacción. Los otros dos los liberó después de despojarles de los arreos. Con un poco de suerte saldrían del bosque, eludirían las hienas y antes de dos horas alcanzarían las llanuras.

Aligeró su montura de la silla y la dejó pastar junto a su nuevo

compañero. Retornó al lado de la muchacha y comenzó a despojarse de parte de su armadura. Luego, sentándose de cara al fuego y de espaldas a ella, sacó carne salada y pan de la alforja.

Echó de menos un pellejo con vino, contentándose con agua.

Al escuchar un levísimo rumor detrás suyo, dijo:

—Si tienes hambre, puedes acercarte.

De soslayo contempló que la muchacha, sentada, se ajustaba su traje. Entonces pensó si ella comprendía su idioma.

Se volvió y mostró un trozo de carne sobre un pedazo de pan, invitándola. Pero ella sólo le miraba a él en el rostro, ofreciendo un profundo asombro.

—No tienes nada que temer de mí —dijo Dole—. Soy un servidor de la Suprema Pareja. ¿Me comprendes?

—¿Qué ha pasado? ¿Quién eres? —Aunque hablaba la misma lengua, el tono de la muchacha era especial. Dole se dijo que no correspondía a ninguna región que él hubiera visitado.

—Me llamo Dole, caballero de Taran. Dime cuál es tu nombre y de dónde vienes, que no sabes identificar a un caballero.

Muy despacio, ella, se acercó, deteniéndose a dos metros del hombre.

—Soy Orala y vengo de… Pero ¿dónde está mi unidad?

—¿Unidad? ¿Te refieres a ese cilindro de dónde te sacaron?

—¿Es que no has sido tú quién me ha encontrado?

—No. Fueron tres ladrones; pero no te preocupes por ellos. Los maté.

Ella le miró horrorizada.

—¿Qué hicieron?

Dole se encogió de hombros.

—No era asunto mío, pero decidí impedir que se apropiaran de ti —sonrió—. Llegué a tiempo para evitar que te violaran.

—¿No me desnudaste tú?

—Por Taron. Mi Código me impide violentar una mujer inconsciente.

Ella se arregló el cabello con las manos, limpiándolo de las hierbas. Parecía más tranquila.

—Parece que te debo dar las gracias, ¿no?

—Creí que nunca ibas a hacerlo. ¿Tienes hambre?

Orala negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir al evitar que se apropiaran de mi?

—Exactamente eso. Te hubieran tenido el tiempo que hubiesen deseado, hasta que alguien te comprase.

—¿Es que existe esclavitud?

A Dole estuvo a punto de caérsele la carne que masticaba.

—¿Pero de dónde sales? Debes explicarme qué hacías en ese cilindro de cristal que encontré vacío. Porque supongo que tú estabas dentro, ¿no?

—Sí. Y debo regresar a él cuanto antes.

—Será cuando amanezca. Ahora el bosque es peligroso. Una luz en el cielo me condujo hasta este bosque. Pensé que era una señal de Taron. Según mis cálculos debió caer cerca de donde hallé el cilindro.

—Esa luz la produje yo al descender.

Dole la miró enfadado.

—No debes blasfemar. Las luces en el cielo son de los dioses. Y tú eres una mortal.

—¿Cómo estás tan seguro que no soy una diosa? —preguntó Orala, sonriendo.

—Las diosas no quedan inconscientes a merced de los rufianes.

—Buena lógica. Tal vez este mundo no sea tan salvaje.

—Hablas de forma rara. Debes decirme de dónde vienes.

Ella suspiró.

—Tal vez mañana te lo diga, cuando me lleves a mi unidad, a lo que tú llamas cilindro. Ahora estoy cansada —le miró titubeante—. ¿Podré dormir tranquila?

—Desde luego. Yo puedo dormir y vigilar al mismo tiempo. Si se aproxima algún peligro me despertaré. Pero no te preocupes, la hoguera se mantendrá viva hasta que amanezca.

Orala mostró sorpresa y Dole creyó adivinar en sus ojos que se sentía herida en su amor propio.

—¿Es que no…? Bueno, quiero decir que tú no me consideras como una propiedad.

Dole entornó los ojos.

—Según el Código, sí. Pero esta noche estaré ocupado un buen rato y luego tengo que dormir para recuperar fuerzas —desenfundó una reluciente pistola, de plateado metal, que alzó orgullosamente —. Mañana deberá recibir su carga y tengo que desmontarla y

limpiarla.

La muchacha hizo intención de adelantar las manos para coger la pistola, pero las retiró al ver la mirada recelosa de Dole.

—Seguro que al amanecer tendrás que contarme muchas cosas, caballero Dole de Taran —dijo bostezando. Se arropó con las mantas y a los pocos segundos dormía profundamente.

—Es muy bella —susurró Dole, mirándola.

Luego, a regañadientes, comenzó a desmontar la pistola. De vez en cuando echaba un vistazo a la mujer.

CAPÍTULO II

—Mi padre fue un caballero, y mi abuelo, según me contó mi padre, fue uno de los fundadores de los Servidores de la Suprema Pareja. Eran buenos tiempos, más nobles que éstos. Me hubiera gustado haberlos vivido. Entonces la sola presencia de una pistola, el arma que Taron regaló a los caballeros, se bastaba para que los caballeros fueran respetados. Nunca supo nadie que de nada servían, porque tampoco nunca fue preciso usarlas. Los caballeros se bastaban con sus espadas. También entonces reinaban reyes justos y los caballeros les servían con agrado. Mi padre llegó a disponer en su pistola de un resto de poder que le legó mi abuelo, pero lo agotó luchando en defensa de Meriades el Justo. Fue una buena utilización, según me contó. Cuando las armas pasaron a ser propiedad de gentes que no servían a la Suprema Pareja, las cosas fueron de mal en peor. Reyes tiranos fueron destronando a los justos. La vieja religión fue olvidada y todo el mundo se congregó alrededor de la nueva…

Dole calló.

Orala cabalgaba a su lado, con la mirada baja y los hombros abatidos. No había abierto la boca desde que dejaron atrás los restos del cilindro.

La muchacha parecía haber recibido un duro golpe al hallarlo destrozado. Dole intentó explicarle que por la noche deambulaban, por el bosque, animales enormes, pesados. Alguno debió pasar sus dos o tres toneladas por encima del frágil cilindro, haciéndolo añicos.

Luego había procurado animar a Orala contándole historias. Pero no parecía conseguir alegrarla.

—No me escuchas —dijo resentido.

Ella se volvió y trató de obsequiarle con una sonrisa.

—Oh, lo siento. Debes disculparme.

—Estás muy afectada por ese dichoso cilindro. ¿De qué te iba a servir? Ni siquiera, tenía ruedas para viajar en él.

—Era… algo muy delicado que había en su interior… y que debía haber usado para pedir ayuda.

Dole prorrumpió en carcajadas.

—Estando conmigo no precisas ayuda. Esos rufianes que te encontraron te habrían vendido como esclava, pero un caballero como yo nunca haría tal cosa. Si te asusté anoche al decir que eras de mi propiedad, olvídalo. Sólo me gusta hacer el amor con quien está dispuesta a ello.

—Eres un tipo sorprendente. A veces no te comprendo.

—Por Taron —masculló Dole—. Durante un rato he estado intentando hacerte comprender lo que es un caballero. Me habrías comprendido si hubieras prestado atención.

—Debes perdonarme. Debo reaccionar. Ya saldré adelante.

—Dime, ¿de dónde vienes?

Orala titubeó unos instantes.

—De muy lejos. Allí no hay caballeros.

—Debe ser de más allá de las grandes cordilleras. Escuché decir a mi padre que al otro lado existen pueblos que se apartaron del Código, que nunca dispusieron de sus servidores para mantener el orden y la paz.

—Sí, así es. He viajado mucho.

—¿Sola? Eso es muy peligroso.

—He tenido suerte. Allí, no se vivía muy bien y decidí venir a estas tierras. Pero cuéntame cosas de ti.

Dole gruñó, enfadado.

—No voy a repetirlo otra vez. Seguiré donde estaba.

Delante de ellos tenían una gran llanura. Muy lejos podía distinguirse una zona ligeramente arbolada, y más allá unos montes. La mañana era fresca, los caballos avanzaban lentamente y el aire olía a rocío y hierba fresca.

—Mi pueblo vive a tres jornadas de las grandes cordilleras, al Sur. Llevo caminando en dirección norte desde hace dos semanas. Mi padre me entregó hace cinco años su armadura y sus armas, después que terminase mi adiestramiento y él cayera enfermo. Poco antes de emprender el camino, moribundo, me pidió que marchase a Ciudad Dorada.

—¿Para algo en concreto?

—Aunque mantuvo en secreto la noticia durante varios años, a mi padre llegó la noticia de que en la Ciudad Dorada la nueva religión disponía del Poder. ¡Las armas de la Suprema Pareja podían volver a ser usadas!

Orala frunció el ceño.

—¿Renuncias a tus creencias por conseguir una recarga, quiero decir de nuevo el poder?

—Fue una decisión qué mi padre meditó durante mucho tiempo. Llegó a la conclusión que yo debía ir a Ciudad Dorada y ver si tal prodigio es cierto. Hasta nuestras tierras llegaron partidas de guerreros que saqueaban haciendas y aldeas, matando a los qué pretendían defenderla impunemente con sus rayos, ¡con pistolas llenas de Poder!

—Lo que dices es interesante —dijo Orala. Parecía llena de preocupación—. Entonces lo que pretendes es espiar, ¿no?

—En cierto modo, sí. Cerca de Ciudad Dorada debo ver a alguien, a un hombre justo que fue el rey de esta comarca, antes que la nueva religión fuese implantada. Vive oculto de sus enemigos. Envió un mensaje a mi padre, poco antes que falleciera, pidiéndole ayuda. Ese hombre se llama Stirede y me pondrá al corriente de todo lo que desconozco.

Después de un largo silencio, Orala dijo vivamente:

—Quiero ir contigo.

—¿Eh? —Dole mostró una expresión divertida—. Estás desvariando. ¿Cómo puede una chica como tú acompañar a un caballero? Lo más sensato es dejarte en la vieja ciudad donde vive Stirede, a pocas millas de Ciudad Dorada, también conocida como Zdictere. Dispondrás de algún dinero que te dejaré y…

—No. Quiero acompañarte. Soy fuerte.

La carcajada de Dole hizo enrojecer a Orala.

Todavía reía el caballero cuando se sintió arrebatado de la silla de montar, encontrándose sentado sobre la hierba, mirando estúpidamente a una Orala irónica.

—¿Cómo te has atrevido a arrojarme de mi montura? —inquirió Dole.

Ella saltó de su caballo y caminó hacia él, riendo y con la diestra extendida, como si pretendiera ayudarle a incorporarse.

Dole se agarró a la mano, empezando a decir…

—Te daré de azotes y…

Gritó al verse levantado como una pluma. Orala le tiró a dos metros de ella. Dole la miró estúpidamente, sin llegar a comprender que una mujer pudiera voltearle de aquella forma.

Orala le observaba, expectante, con las manos en jarra y las piernas abiertas.

—Vamos, adelante. Tienes una espada. ¿Por qué no la usas?

—¿Te has vuelto loca? El sol no es tan fuerte…

Dole se acercó a la muchacha. Una sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios, comprendiendo. Empezó a sacar la espada muy despacio. Orala dio un pequeño salto y abrió los brazos, mirándole preocupada. El hombre estaba frunciendo el ceño.

Alzó el acero sobre su cabeza y Orala no pudo reprimir un grito.

—¡Eh, te lo estás tomando demasiado en serio! Y no quiero lastimarte si…

Pero Dole estaba amagando. Ella saltó, apartándose de la trayectoria de la espada, soltó una imprecación y comenzó a revolverse cuando el acero fue arrojado lejos. Se sintió cogida por la cintura y volteada. Una vez en el suelo, dos poderosos brazos la inmovilizaron.

—Yo también conozco esta lucha, preciosa —jadeó Dole.

—Oh, era una farsa. No estás enfadado.

Dole la golpeó cariñosamente en las nalgas y se levantó. Tendió su mano para ayudarla, y en el momento en que Orala se agarraba a ella, ambos cruzaron una divertida sonrisa, temiendo cada uno que el otro fuera a reanudar la lucha.

Terminaron riendo. Dole aproximó la mano de la muchacha a sus labios y la besó.

—Estoy seguro que puedes acompañarme; pero con ciertas condiciones.

—¿Qué condiciones?

Dole extrajo un pequeño cuchillo muy afilado, y tomando un puñado de los largos cabellos de la chica, le dijo:

—Los hombres no suelen llevarlos tan largos. Te los cortaré y haré que pases por un chico. Una mujer tan hermosa supone un peligro llevarla consigo —recordó el contacto de su cuerpo en la breve lucha—. Y algo de ropas que disimulen tus formas.

Ella suspiró resignada.

—Pero lo haré yo —dijo, tomando el cuchillo.

—Esta noche acamparemos cerca de donde vive Stirede. Quiero entrar en la vieja ciudad al atardecer. Entonces te convertirás en un muchacho. Llevo algo en el saco de viajar que te servirá. —Observó el ajustado traje—. Una blusa holgada y una capa servirán, creo.

Volvieron a montar y siguieron cabalgando, bromeando entre sí.

* * *

Acamparon cerca de un río de suave corriente, al lado de unas altas rocas. Dole encendió el fuego y pensó que aquella noche podrían cenar algo mejor que carne salada. Empezó a condimentar un estofado con el ave que cazara hacía unas horas. Hábilmente empezó a desplumarla. Las sombras caían lentamente y el sol se ocultaba detrás de las grandes montañas del Oeste.

El caballero terminó de dosificar la sal en el pote de barro y alzó la mirada, buscando a Orala. Alarmado al no verla, se levantó. Caminó unos pasos hacia el río.

—Ahora salgo —la escuchó decir—. Eso huele muy bien.

La miró salir, chorreante, del agua. Orala temblaba ligeramente. Ya tenía el cabello cortado y trató de secarlo agitando la cabeza.

—Dame algo para secarme —pidió—. Hace un poco de frío.

Dole se desprendió de su capa y la tendió. Sus ojos no se apartaban del cuerpo mojado, que Orala estaba secando. Sus miradas se cruzaron y ella le sonrió, pero sin mostrar la más mínima turbación, con toda naturalidad.

Saltando sobre la hierba, Orala se acercó al fuego y se arrodilló cerca. A su lado tenía las ropas, qué empezó a tomar muy despacio y vestirse con ellas.

—Eh, amigo —dijo a la chica—. Pareces turbado.

Dole se sentó a su lado y, muy preocupado, adelantó una mano, posándola en la nuca de Orala. Mirándola fijamente, sin decir una palabra, la atrajo hacia él y sus labios buscaron los de ella, húmedos y rojos.

La besó largamente, sin soltarla. Con la otra mano hizo que ella se saltase las ropas que se estaba poniendo.

—Eso que estabas cociendo terminará quemándose —dijo Orala, aprovechando un momento de respiro. Pero en el tono de su voz no

se adivinaba ningún reproche.

Por toda respuesta, Dole propinó un puntapié al pote de barro.

—Al infierno la comida.

Y pasándole la otra mano por la cintura, la hizo inclinar.

Capítulo III

Desde el lugar donde acamparon la noche anterior hasta los suburbios de la aldea, apenas se cruzaron con gente.

Atardecía cuando cruzaron por las primeras chozas. De soslayo, Dole observó a su acompañante.

—¿Decepcionada? —preguntó creyendo interpretar adecuadamente el gesto rebosante de desencanto en ella.

—Esto es deprimente —respondió Orala. Un amplio gorro de algodón le caía sobre una parte de la cara, ayudándola a privarla de más feminidad.

—Mi padre me contaba que antes estas míseras chozas constituían una ciudad opulenta, llena de comerciantes y gentes alegres.

—¿Qué paso?

—La nueva religión les llevo a su ruina. Alrededor del templo, del regalo del nuevo dios, los nuevos sacerdotes ordenaron que se construyese la nueva capital del reino de Haramal. O la Ciudad Dorada, como también la llaman.

Algunas personas salían curiosas del interior de las casas al escuchar las pisadas de los caballos. Al cerciorarse de que los recién llegados parecían venir en son de paz, volvían a ocultarse.

A medida que se adentraban en la aldea, de más extensión que a primera vista pudieran hacerse los dos viajeros, las casas eran más grandes, así como también el estado ruinoso en que se hallaban. Lo que antes habían sido amplias calles, rectamente trazadas, ahora era difícil de distinguirlas, tan cubiertas de escombros e inmundicias.

—Si tú nunca has estado aquí, ¿cómo vas a encontrar a…?

—Stirede.

—Y tampoco puedes preguntar por él, ya que has dicho que vive oculto.

—Tenemos que hallar una edificación de tres plantas coronada

por una cúpula roja. Mi padre me dijo que estaba en el centro de la aldea, y que era visible desde lejos.

Algunas personas deambulaban por las ruinas, vestían con harapos y apenas alzaban las miradas vidriosas para mirarlos. Vieron un grupo de seis o siete hombres en una esquina. Ante ellos, Dole rozó la empuñadura de su pistola. Aquel gesto fue suficiente para que el escaso deseo en los hombres de atacarlos se disipase.

—No pueden saber si llevo conmigo el Poder —dijo Dole—. Esto está lleno de bandidos. La presencia de mi pistola los mantendrá alejados.

—¿Nos seguirán?

—No lo creo. Supondrán que nos dirigimos directamente a Zdictere y que sólo vamos de paso.

Orala atrajo su atención para indicarle que a su derecha tenían una casa con una cúpula anaranjada.

—Debe ser ésa, pero el tiempo le ha hecho perder su color rojo.

Dole miró en derredor. Estaban en una amplia plaza circular y tenían a su alcance visual casi todas las casas elevadas de la aldea.

—Probaremos —dijo, dirigiendo su montura hacia el edificio.

Cruzaron varias travesías, sin perder de vista la cúpula de desvaído naranja. Las ruinas allí eran más profundas y no veían a nadie.

Al llegar junto a la casa, que les mostraba una vieja y enorme puerta de madera, cerrada, Dole soltó una imprecación al ver el signo que habían dibujado toscamente sobre ella.

—Debemos irnos en seguida de aquí —dijo, súbitamente pálido.

—¿Por qué? Aquí debe vivir Stirede.

—¿En una casa apestada? —Señaló el signo—. Eso quiere decir que aquí ha llegado la muerte negra.

La puerta comenzó a abrirse y una figura delgada, con túnica oscura, salió a la tenue luz del atardecer.

—No temáis —dijo el hombre, casi un anciano—. Ese signo es falso y sólo me sirve para alejar a los ladrones.

—¿Cómo sé que dices la verdad? —preguntó Dole.

—Porque soy Stirede y tú debes ser el hijo del caballero de Taran, que me prometió que enviaría a su hijo.

—Efectivamente, soy Dole de Taran. Pero mi padre no me advirtió que tú vivías en una zona apestada.

El viejo terminó de abrir la puerta y se echó a un lado.

—Vamos, entrad al patio. Nadie debe veros.

Dole se mordió los labios y cruzó el dintel. Orala le siguió. Penetraron en un patio de piedras grandes y negras, rodeado por unas galerías bajas. Escucharon a sus espaldas cómo Stirede cerraba las pesadas puertas y corría el cerrojo.

En el centro del patio había un abrevadero. El caballo de Dole relinchó y le contuvo con las riendas.

—No seas tan receloso, muchacho —le dijo Stirede—. Que los caballos beban. Es agua buena.

El viejo echó hacia atrás su capucha. Dole miró detenidamente el rostro de su anfitrión. Aunque tenía las profundas arrugas de la vejez y el sufrimiento muy abundantes, las facciones eran nobles, serenas.

Ligeramente avergonzado, Dole y Orala libraron a sus monturas de las sillas.

—Dejad los caballos —dijo Stirede—. Ellos, cuando sacien su sed, encontrarán alfalfa en la cuadra. Venid conmigo.

Les condujo a través de las galerías hasta una habitación amplia, llena de muebles, mesas, sillas y estanterías repletas de libros. Las ventanas estaban cerradas, pero la luz se filtraba aún por una cristalera que ocupaba casi medio techo. Stirede prendió unas bujías de aceite e indicó unas sillas grandes, con cojines, al lado de la mesa mayor, en la que había montones de libros, tinteros y plumas de ave.

El anciano se acomodó en una silla sin respaldo. Muy tieso, quedóse mirando a los dos jóvenes.

—Eres el vivo retrato de tu padre, muchacho. Cuando te vi acercarte a esta casa pensé que era él, surgiendo del tiempo pasado. La armadura es la misma —bajó los ojos hasta la pistola—. Y esa pistola la usó mucho él para mantener el orden y la paz en las regiones lejanas, a las que yo le enviaba.

—Señor, yo… —empezó a decir Dole.

—Olvida que una vez fui rey, muchacho. Llámame Stirede —miró a Orala—. ¿Quién es?

—Mi ayudante —Dole titubeó—. Se llama Torale.

—No comencemos esta amistad con mentiras, muchacho. Es una mujer.

Dole rió nerviosamente.

—Vaya, al parecer, el disfraz no es muy efectivo.

—Es demasiado bonita para hacerla pasar por un chico con tan burda falsificación. Además, en sus ojos se puede leer una gran felicidad, como los que muestran las corzas después de una noche de amor.

Orala soltó una carcajada y Stirede sonrió complacido.

—No te sofoques, Dole. Comprendo que por precaución hayas pretendido convertirla en un chico. Yo haré que lo parezca cuando reemprendáis el viaje. —Se apresuró a añadir—: Pero ella siempre podrá volver a recobrar la belleza cuando lo desee. El cambio permanente en algo tan hermoso sería un crimen.

—Gracias, señor. Es usted muy galante —dijo Orala.

—Llámame tú también por mi nombre. ¿Cuál es, realmente, tu nombre?

—Orala.

—Nunca he oído algo parecido. Debes venir de muy lejos.

—De más allá de las montañas, se… Stirede —respondió Dole.

Y contó cómo la salvó de ser ultrajada por los tres bandidos y posteriormente vendida como esclava.

—Te portaste como un verdadero guardián de la ley, como un caballero —admitió Stirede. Suspiró y añadió—: Desgraciadamente, los que acuden a Zdictere están olvidando sus juramentos a la Suprema Pareja y ante la posibilidad de obtener el Poder, están dispuestos a abjurar de sus principios.

Una sombra cruzó la puerta. Silenciosamente se acercó a ellos. Era un niño, portando una bandeja con frutas, jamón ahumado y vino. Al dejarla sobre la mesa, sonrió a los recién llegados.

—Es Ícaro —dijo Stirede—, mi nieto.

Acarició los rubios cabellos y le dio una palmadita en las nalgas, despidiéndose. Ícaro se retiró riendo y saltando.

—Mi padre me contó que tu hijo fue muerto.

Stirede asintió a Dole.

—Reclutó unos hombres, amigos suyos, y marchó contra la Ciudad Dorada. Quería recuperar el trono que le pertenecía —una sombra de amargura cruzó el rostro del anciano—. Todos fueron muertos cerca de la puerta de la ciudad, sin piedad. Los hombres al servicio del Poder lo hicieron; pero lo más doloroso fue que algunos

caballeros traidores les ayudaron.

—¿Cómo es que no le han encontrado en todos estos años? —preguntó Orala, tomando una manzana.

—Todo el mundo cree que este barrio está apestado —rióse el anciano—. Claro que nadie sabe que he sido yo mismo quien ha pintado los signos. Ni siquiera los acólitos de Dargemon se atreven a entrar aquí.

—¿Quién es Dargemon?

—Has vivido siempre muy retirado, muchacho. Cuando la cosa cayó del cielo, fue Dargemon, un oscuro aprendiz de sacerdote de la Suprema Pareja, el primero en hallarla. Asustó a unos campesinos y así comenzó su ascensión. Se rodeó de fanáticos peligrosos y cercó la cosa procedente de las estrellas.

»Al principio, entonces yo era muy joven, apenas hice caso a la nueva religión, pero un día, ante la insistencia de los rumores, decidí visitar el objeto procedente del cielo, del que tanto hablaban las gentes.

»Como joven, yo era inexperto e impulsivo. Acudí al lugar que, poco a poco, se estaba transformando en una nueva ciudad. Apenas me hice acompañar por una docena de mis guardias, tan confiado estaba.

»Dargemon me salió al encuentro y me dijo, irrespetuosamente, que yo no debía penetrar en el recinto sagrado, que el nuevo dios le había dicho que yo no debía ser el rey de Haramal a causa de mi impureza. Me reí de él y le hice apartar del camino con mi caballo.

»Fue un grave error. Todas las gentes le temían y adoraban. Dargemon sólo precisó gritar una orden para que cientos, miles de fanáticos, se arrojaran contra mí y mi escolta.

—¿Cómo permitiste que las cosas fueran tan lejos?

—Me equivoqué terriblemente —admitió Stirede—. Llevaba tan poco tiempo en el trono… Sucedió que logramos escapar de allí dejando entre la enfurecida multitud a la mitad de mi escolta. Nos abrimos paso a tiros. Fue horrible. Dargemon gritaba sin cesar lanzando maldiciones sobre mí y mis descendientes.

»De regreso a esta ciudad, enfurecido, ordené que todo mi ejército fuera dispuesto. También reclamé la presencia de todos los caballeros que estuvieron cerca. Sin apenas descansar, esa misma noche regresamos a Zdictere.

»A la vista de la aún tosca ciudad que se levantaba alrededor del objeto que Dargemon decía había caído del cielo, mis tropas vacilaron. El espectáculo, aún lo recuerdo, era sobrecogedor. Rodeado de casas y tiendas de campaña, una luz cegadora, dorada, brillaba en la torre, opacando el esplendor de las lunas Ta y Rya.

»A duras penas logré apaciguar a mis soldados, ordenándoles que cargaran contra la ciudad.

»Las primeras filas de lanceros y caballeros fueron fulminadas por un rayo mortal. Los caballos derribaban a sus jinetes y todos ellos se revolcaban en el suelo, achicharrados. Era como una enorme pistola, con el poder de miles de ellas concentradas en una sola, que nos castigaba desde el dorado resplandor.

»Cuando el rayo dejó de fulminar a mis hombres, una horda de vociferantes hombres se abalanzó sobre los restos de mi ejército. Luchamos desesperadamente, hasta que algo me alcanzó en la cabeza y perdí el sentido.

»Un caballero me rescató de la matanza y pudo conducirme de nuevo a mi palacio —el anciano miró a través de la ventana. Enmarcadas por las estrellas, unas ruinas se perfilaban varias calles más allá—, del cual queda bien poco, pues durante los tres días que tardamos en dar un amplio rodeo para escapar de las patrullas que Dargemon había enviado en mi busca, fue asaltado y saqueado. Mi esposa consiguió escapar con algunos fieles, escondiéndose en las montañas. La encontré dos semanas más tarde.

»Impotente tuve que presenciar como mi reino, su paz, se derrumbaba bajo el nuevo poder de Dargemon. Esta ciudad, hasta entonces esplendorosa, fue paulatinamente abandonada.

»Dargemon exigió que todo el mundo acudiese cerca del recinto sagrado, pues decía que el nuevo dios le había pedido que alrededor de su sede, debía edificarse una ciudad nueva. En unos años, Dargemon construyó lo que hoy se le conoce por Ciudad Dorada o Zdictere, que quiere decir Donde Vive Zdict, el Nuevo Dios.

—En tus labios la historia adquiere una dimensión más trágica, Stirede, aunque yo la conocía porque mi padre me la refería muchas veces, y él siempre lamentó no haber estado cerca de ti, cuando aún acompañaba a mi abuelo, para ayudarte a recuperar tu reino.

—No hubiera logrado nada, amigo mío. El proceso era ya irreversible. Dargemon tenía cada día más poder. Su sueño es

apoderarse de las tierras que rodean Haramal. Se dice que está preparando un ejército poderoso; terriblemente armado, para la conquista. Durante los últimos años sus acólitos están más pacificados, como si una tarea enorme les ocupara todo el tiempo que antes tenían para saquear, robar doncellas y dedicarse a sus ritos horrendos.

—Nadie puede ser dueño del mundo —sentenció Dole.

—Pero con el Poder de Dargemon parece fácil.

—¿Por qué mandaste el aviso a mi padre?

—Me dijeron que tenía un hijo noble, que en tierras lejanas, sin que la zarpa de Dargemon les alcanzara, implantaba el orden y alejaba a los bandidos. Pensé en ti, Dole, para que tú vayas a Zdictere.

—Estoy deseando ir. La curiosidad me consume.

—Espera. Aún no he terminado. Si antes Dargemon no se fiaba mucho en los seguidores de la Suprema Pareja, ahora parece haber cambiado de opinión. Quiere reunirlos a todos bajo su mando, halagarlos para que le juren fidelidad y enrolarlos en su ejército.

—Han pasado muchos años —murmuró Dole—. ¿Por qué tiene ahora Dargemon tanta prisa en conquistar los países vecinos?

—El tiempo no perdona. Se hace viejo. Aunque era más joven que yo cuando se hizo supremo sacerdote de Zdict, parece no querer morir sin antes conseguir ser dueño de todo el mundo.

—¿Qué quieres exactamente de mí?

Stirede miró al caballero fijamente. Sus manos temblaron ligeramente sobre los brazos de su silla cuando dijo:

—Que ofrezcas, a Dargemon tu espada y tu pistola, que consigas llenarla de Poder y luego le mates, cuando más confiado esté.

—El Código…

—Olvida el Código de los Servidores de la Suprema Pareja —protestó el viejo—. Deberás matarle a traición, por la espalda, cuando nadie pueda impedírtelo. Y escapar con vida del intento. Y debes hacerlo antes que consiga llevar su locura a las tierras vecinas, que, bien o mal, aún pueden vivir con relativa calma.

—¿Relativa?

—Sí. Los demás países están alborotados. Parece ser que Dargemon ha enviado acólitos suyos disfrazados para soliviantar la gente, y los caballeros que allí viven se ven impotentes para

apaciguar los levantamientos. Cada vez son más numerosas las sectas consagradas al dios Zdict que se crean, poniendo en dificultades el orden de los reyes y caballeros. No podemos perder el tiempo, Dole.

—Me pregunto qué me aconsejaría mi padre ante lo que me pides.

El viejo resopló.

—Mi hijo, que Dargemon mató, nació en la miseria, en las montañas. También allí murió mi esposa. A Ícaro lo educo para que algún día sea rey de Haramal. Sé que mis días se acaban. No quiero irme de este mundo dejando las cosas tan mal para Ícaro.

—¿Vives solo?

—Dos mujeres ancianas me ayudan. También algunos fieles servidores, tan viejos como yo, acuden a veces a acompañarme. Ellos me proveen de comida y de todo cuanto necesito.

—¿Por qué regresaste a la vieja capital de tu reino?

—La montaña estaba matándome lentamente. Cuando esta ciudad estaba ya en ruinas, pensé que aquí nunca se le ocurriría a Dargemon enviarme a buscar. Y parece que acerté, pues hace muchos años que me oculto en esta vieja ala del destruido palacio. Y estoy al tanto de todo cuanto ocurre.

Dole miró la bandeja con la comida y el vino.

—Parece que no te falta de nada. ¿Cómo lo consigues?

Stirede se levantó y abrió un arcón. Hundió la mano en él y la sacó llena de monedas de oro que se escaparon entre sus dedos.

—Mi esposa logró salvar el tesoro real, llevárselo a la montaña. Con este oro compramos todo cuanto precisamos, y nuestras necesidades no son muchas. Lo volvimos a traer aquí en muchas jornadas, por la noche, cuando aún tenía bastantes servidores. —El viejo llenó con monedas una bolsa de cuero—. Necesitarás más dinero del que llevas consigo para obtener el Poder para tu arma.

Dole tomó la bolsa entre sus manos. La comparó con la escualidez de la suya. Allí debía haber más de diez veces lo que él llevaba.

—Pero de todas formas adminístralo bien —añadió Stirede—. Los acólitos de Dargemon son ambiciosos y podrás comprarlos si usas la prudencia.

—Aún no te he contestado afirmativamente.

—Tienes esta noche para pensarlo.

El viejo empezó a caminar hacia la salida.

—Puedes ocupar estas habitaciones. Al lado hay otra con un lecho confortable. Ahora me retiro. Si deseáis algo llamad a las mujeres. ¿Queréis más comida?

—No. Será suficiente para esta noche.

Antes de marcharse, Stirede contempló a Orala.

—Tú no eres de estas tierras, muchacha. ¿Me dirás algún día de dónde procedes?

Orala le sonrió.

—Es posible. Tal vez cuando regresemos de la ciudad. Estoy ansiosa por conocerla. Seguro que entonces comprenderé muchas cosas.

—Confío en tu promesa.

Cuando estuvieron a solas, Dole dijo a Orala:

—Das por seguro que iré a la Ciudad Dorada, y que tú me acompañarás.

—Por nada del mundo me quedaría sin visitarla. Y si tú no estás dispuesto a que te acompañe, iré sola.

—Estás loca —repuso Dole, pellizcando del plato con jamón.

—Eso me lo has dicho ya varias veces. No lo repetirás cuando yo sea quien te explique muchas cosas que ni tú ni Stirede aún comprendéis.

Después de un rato de silenció, en que comieron, Dole dijo:

—Mañana conocerás mi decisión.

Capítulo IV

Orala abrió los ojos, semidormida. Los susurros la habían despertado. Era Ícaro, que hablaba con Dole en la entrada del dormitorio. No escuchaba lo que el niño decía al caballero, pero de soslayo le vio asentir varias veces.

Contuvo su deseo de preguntarle qué estaba pasando. Pero Dole se movía sigilosamente para evitar el menor ruido que pudiera despertarla. Ícaro ya se había marchado, sumergiéndose en la oscuridad de la otra habitación.

Dole cubrió su desnudez con la túnica sobre la cual se colocaba su cota de malla, y demás arreos de combate. No se calzó las botas. De puntillas, salió del dormitorio.

Dejó transcurrir unos segundos y le siguió. Por el ventanal comprobó que aún faltaba más de una hora para el amanecer. Se ocultó en el dintel al ver que Ícaro esperaba a Dole, sosteniendo entre sus infantiles manos una lámpara, de aceite. Detrás del niño estaba Stirede, a quien escuchó decir a Dole:

—Quiero explicarte muchas cosas, muchacho, que hace unas horas no podía hacer en presencia de la muchacha que te acompaña.

—¿Qué cosas son esas que no pueden esperar? —preguntó el caballero.

—¿Has tomado tu decisión?

—Sí; iré a Zdictere.

—Magnífico. Ahora es conveniente que te diga todo lo que verás allí y contra lo que te tendrás que enfrentar. ¿Duerme Orala?

—Como un tronco.

—Entonces acompáñame a mi habitación. Hablaremos hasta qué amanezca.

Orala, desde su escondite, les vio alejarse por el pasillo. Cuando la luz de la lámpara se hubo extinguido, regresó despacio al lecho,

derrumbándose sobre él.

¿Qué sería lo que Stirede tenía que contar tan urgentemente a Dole sin su presencia? Evidentemente, el viejo no confiaba en ella totalmente, lo cual no podía sorprenderla. Suspiró y trató de recobrar el sueño, pero ya le fue imposible. Estaba totalmente desvelada.

Casi una hora más tarde, regresó Dole, cuando ya la claridad del nuevo día irrumpía por la ventana del salón. El caballero dejó sobre una mesa una bandeja con leche caliente y pan recién cocido.

—Eh, Orala, despierta —le dijo mientras recogía sus pertrechos de guerra—. Quiero partir cuanto antes.

—Partiremos, querrás decir —dijo ella sentándose en la cama y mirándole desafiante, temiendo siempre que él se opusiera.

—Claro que sí. Desayuna y lávate. Stirede quiere ocuparse personalmente de tu disfraz —la besó en los labios, entregándole el vaso de leche.

—¿Qué hablasteis?

Dole la miró sorprendido.

—No sabía que estuvieras despierta.

—Gracias por no haber hecho el menor ruido, pero yo tengo el sueño muy ligero.

Dole se apartó de ella, rehuyendo su mirada.

—Instrucciones. Stirede me puso al corriente de los peligros que podemos encontrar en la Ciudad Dorada. Allí tendremos que tener mucho cuidado.

—¿No hubiera sido mejor que yo también le hubiese escuchado?

—No te preocupes. Yo me ocuparé de todo.

Orala dio un mordisco rabioso al panecillo y bebió un trago de leche, para lanzar en seguida una maldición. Estaba demasiado caliente.

* * *

Pasado el mediodía estaban a la vista de Zdictere, la Ciudad Dorada. El viejo les había recomendado que viajasen despacio, por lo cual habían tenido que pasar la noche en que partieron de las ruinas de la vieja ciudad, bajo las estrellas.

Por el polvoriento camino se cruzaron con gentes que iban a la ciudad, con carretas cargadas de alimentos y otras mercaderías. De

vez en cuando se cruzaron con patrullas de guerreros armados hasta los dientes, portando ostentosamente sus armas de fuego, además de las espadas y lanzas cortas. Iban montados en fuertes caballos con armaduras oscuras, del mismo tono sombrío que los jinetes. Miraban a Dole, pero únicamente con liviana curiosidad.

—¿Quiénes son? —le preguntó Orala después de cruzarse con la primera patrulla que vieron.

—Acólitos de Dargemon, guerreros al servicio de Zdict, el nuevo dios.

—No parece haberles importado que nos dirijamos a la ciudad. ¿Es que no precisaremos pasaporte?

—¿Te refieres a un salvoconducto? No, mi signo de caballero es suficiente para que no nos molesten. En Ciudad Dorada somos bien recibidos.

—Estás muy seguro de ello —comentó Orala, mirando al frente y no permitiendo que Dole descubriese en sus ojos el ligero resentimiento que aún la embargaba desde la otra noche.

—Dargemon quiere atraerse a su causa a los caballeros. Al parecer ya tiene a varios a su servicio, aunque otros muchos aún dudan.

—Esos acólitos que vimos eran realmente guerreros perfectamente armados. Y sus armas no parecían ser meros adornos, como la tuya por ejemplo. ¿Para qué os necesita?

Dole se mordió los labios.

—Aún poseemos prestigio. Dargemon quiere mostrar a los reinos vecinos que los caballeros están de su parte. Eso desmoralizará a los que aún no se atreven a venir hasta aquí y creará el caos en las tierras donde viven manteniendo la paz y el orden.

—Entonces no te será fácil conseguir que te admitan.

El caballero asintió en silencio.

—Y luego matarlo —agregó Orala duramente.

—Lo he prometido a Stirede.

—Debió ser muy convincente esa madrugada.

—Ya, estaba decidido a ayudarle cuando me llamó. Oh, vamos, Orala. Desde aquel momento estás enfadada conmigo. Te repito que Stirede sólo me dio consejos.

—Que tú te niegas a repetirme.

—Te lo explicaré todo cuando estemos en la ciudad.

No habían vuelto a intercambiar palabras desde entonces. A la vista de Zdictere, Dole rompió el embarazoso silencio.

—Nunca una ciudad ha prosperado tan rápidamente como, ésta en tan poco tiempo. Allí viven más de doscientas mil personas. Es el centro de Haramal. Las aldeas vecinas se despueblan porque todo el mundo quiere vivir cerca de la morada de Zdict.

Orala le sonrió conciliadora.

—¿Estás seguro que todos me tomarán por un chico, por tu escudero?

Dole la miró. El viejo había hecho un buen trabajo. Orala era ahora un muchacho atractivo, nada más. Seguía vistiendo su raro traje ajustado, pero encima un jubón holgado disimulaba muy bien sus senos, y el faldellín, un poco más largo de lo usual, ocultaba la turgencia de los muslos. El maquillaje aplicado por Stirede sobre la cara le proporcionaba cierta aspereza en el cutis.

—Estás perfecta. Pero esta noche, por favor, vuelve a ser Orala.

La chica soltó una carcajada. Enronqueciendo su voz, respondió:

—¿No sospecharán en el lugar donde pasemos la noche si tu escudero duerme contigo?

—Me importa un bledo lo que piensen de mí. Y no tenemos que preocuparnos. Aquí son muy liberales con los homosexuales. —Amargamente, añadió—: De todas formas, la categoría de los caballeros de la Suprema Pareja ha sido muy degradada últimamente.

—Te has referido muchas veces a esa Suprema Pareja. ¿Quiénes son?

—Por Ta y Rya, que no puedo imaginarme de dónde proceden, cariño. Ellos son la Suprema Pareja. Taron es el dios de la ley y el orden, también de la Guerra. Habita en la luna Ta. Su esposa, la diosa Diala, posee su morada en la otra luna, Rya. Desde allí ambos nos vigilan y protegen.

—Pues deben estar dormidos ambos o haciendo el amor —suspiró Orala—. Si no es imposible comprender cómo ha permitido que se instale un competidor, el nuevo dios Zdict.

—No blasfemes. Taron y Diala, cuando el caos imperaba en el mundo, instituyeron los caballeros, para que ayudasen a los reyes a mantener la paz. A cambio de la ayuda que les prestaron, recibieron el Poder.

—Un Poder agotado, según veo.

—Antes se renovaba periódicamente. Con sus armas, los caballeros mantenían el orden y dejaban que los reyes cuidasen del dictado de las leyes. Cuando los reyes peleaban entre sí, los caballeros no tomaban parte por ningún bando. Somos neutrales.

—¿Por qué ayudas entonces a Stirede para derrocar a Dargemon?

—Ése no es un rey, ni siquiera noble. Era un mísero sacerdote de Taron cuando se rebeló contra su señor.

Cruzaron las altas murallas que protegían la ciudad. Dole observó que nunca antes había visto unas piedras cortadas tan perfectamente ni encajadas con tanta perfección. El arco de la entrada era amplio, adornado con unos símbolos incomprensibles para él.

La entrada a la ciudad estaba custodiada por varios guerreros de Dargemon. Uno de ellos, con un gran plumaje sobre su casco, se aproximó, a los dos jinetes.

—¿Cuál es tu nombre, caballero, y de dónde procedes?

—Soy Dole de Taran y vengo de las llanuras sin dueño del norte oficial. Quien me acompaña es Torale, mi escudero.

El oficial sonrió, irónico.

—Debes ser un caballero rico cuando puedes permitirte el lujo de pagar un escudero. ¿Qué vienes a hacer en la Ciudad Dorada?

—Escuché historias a otros viajeros y decidí venir.

—¿Qué te dijeron?

Dole titubeó un poco y dos guerreros se acercaron a su oficial, permaneciendo en guardia.

—Que aquí mora Zdict, quién posee el Poder.

—Ese servicio te costará dinero.

—Lo tengo.

—Quiero verlo.

EL caballero metió la mano en su bolsa y sacó varias monedas de oro. Intencionadamente dejó caer una que el oficial se apresuró a agarrar en el aire.

Después de guardarla rápidamente, el oficial se echó atrás.

—Sigue todo recto, cruza la ciudad. Al otro lado de la segunda muralla está la Morada.

En seguida se olvidó de él, para acudir a inspeccionar una

carreta que en aquellos momentos, estaba siendo detenida por sus hombres.

—Dargemon vende el Poder de Zdict —musitó Oradla—. ¿No teme que ese poder que reparte se vuelva contra él?

Dole se encogió de hombros. Pensó que Dargemon debía tener un astuto plan debidamente perfilado, tanto que no le importase que hombres que no podía considerar como fieles llevasen armas cargadas. La ciudad que rodeaba la granítica muralla mostraba un gran esplendor, pero al mismo tiempo una profunda miseria. Junto a suntuosos edificios se alzaban chozas y tiendas construidas con pieles mal curtidas. Los puestos callejeros inundaban las amplia» calzadas y dificultaban la circulación de carretas y hombres montados a caballo.

—¿Te gusta? —preguntó Dole a Orala al verla con el ceño fruncido.

—Parece como si quien diseñó esto se hubiera muerto de repente y no hubiese podido terminar su obra. Los que la siguieron deben ser gente de pésimo gusto y nula inteligencia. Pudo haber sido una ciudad cómoda y digna, pero se convirtió en poco tiempo en algo horrible.

—Sí, yo también tengo esa impresión. No conocí la antigua capital de Haramal cuando estaba en su esplendor, pero mi padre me la describió tan perfectamente que me parece que ésta no la aventajaba.

Tardaron casi una hora en cruzarla, siempre avanzando por la que parecía ser su arteria principal, que terminaba en otra muralla, no tan alta como la primera. La entrada era más pequeña y estaba custodiada por más soldados. Pocas, personas entraban por ella, y ninguna se veía librada de depositar alguna moneda de cobre o plata en una caja dorada.

Mientras dudaban si adelantarse o no, un acólito se llevó a los labios un descomunal cuerno y sopló en él. A partir de entonces, nadie más entró en el recinto.

—Es tarde, compañero —les dijo una voz rebosante de desencanto—. Hasta mañana no será permitido entrar en la Morada.

Giraron sobre sus sillas y vieron a un caballero, de pie, que sostenía entre sus manos las bridas de un caballo viejo y con muestras de cansancio.

—He cabalgado fuerte estas últimas horas del día con la esperanza de no tener que pasar aquí la noche; pero veo que he agotado a mi pobre compañero inútilmente —dijo el caballero, que mostraba sobre su cota de malla el signo de las tierras del Oeste.

La gente se alejaba de la entrada, de la que comenzaban a salir docenas de hombres y mujeres, empujados algunos sin contemplación por los guardias.

—También nosotros nos retrasamos en el viaje —dijo Dole—. Habíamos pensado llegar más temprano. Mi nombre es Dole de Taran.

—Me suena la familia Taran —musitó, pensativamente, el caballero—. Soy Durgen de Iusis. ¿Conoces mi linaje?

—Sí —replicó Dole descabalgando—. Será mejor que busquemos un lugar para cenar. ¿Conoces la ciudad?

El gesto de Durgen se ensombreció.

—Un caballero no puede mentir. Lamento no poderos acompañar. No tengo dinero.

—Considérate mi invitado. Mi padre conoció al tuyo.

—¿De veras? Creo recordar que yo también. Eres muy joven, Dole. Y no parece que las cosas te vayan muy mal. ¿La primera vez que estás en Zdictere?

Después que Dole asintiera, Durgen se apresuró a añadir:

—Cerca de aquí hay una posada donde dan aceptablemente de comer. Agradezco tu invitación. Te corresponderé con un consejo.

—Me han dado muchos últimamente; uno más no importará.

—Es inútil que gastes tu dinero consiguiendo el Poder.

Caminaban por las calles adyacentes a la principal arteria y habían llegado ante la entrada de un edificio grande, del que salían voces, risas y un agradable olor a asado.

—¿Te importa que sea más explícito después de refrescar el gaznate? —inquirió Durgen con una sonrisa tímida y llevándose la mano a la garganta.

Dole asintió, pensando que los servidores de la Suprema Pareja habían comenzado a degenerar y el final del proceso no había concluido. Durgen tenía vieja y mal cuidada su armadura. La empuñadura de su espada estaba rota y la funda del arma, de cuero, se ofrecía sucia a su vista decepcionada.

El local estaba lleno, pero pudieron encontrar una mesa vacía.

Pidieron a la camarera carne, frutas y vino.

Después de unos segundos de silencio, Dole conminó a Durgen:

—¿Por qué dices que malgastaré mi dinero por conseguir el Poder?

Durgen miró a Orala y luego a Dole.

—Es de confianza —dijo este último—. Lleva muchos años conmigo.

—Está bien —la voz de Durgen bajó hasta convertirse en un susurro—. Yo estuve aquí hace dos o tres semanas. Gasté hasta mi última moneda en conseguir el Poder para mi arma. Al alejarme de la ciudad la probé y no quedé muy contento con ella. La heredé de mi antecesor aún con poder, ¿sabes?

Dole no, respondió. La suya la había recibido de su padre sin el Poder. Nunca tuvo el inmenso placer de hacerla funcionar y ver cómo actuaba. Siempre había constituido en él un símbolo, un adorno y complemento a su personalidad.

—Sé cómo dispara el arma, Dole, el poder de destrucción que encierra en sus partes metálicas —prosiguió Durgen mirándole intensamente—. Los disparos que efectué contra aquel animal salvaje que me atacó durante el camino de regreso eran miserables parodias del verdadero Poder que antes tuvo mi pistola. Escapé de milagro; pero tuve que usar mi espada para terminar de rematarlo. ¿Comprendes?

—No muy bien.

—Oh, es qué tal vez tú nunca has usado el arma. Los disparos tienen escaso alcance y la energía se disgrega estúpidamente en un amplio arco, casi sin efectividad. ¡Esto no es el Poder, muchacho!

—¿Éste es el motivo por el cual has regresado?

—Naturalmente que sí. Mi intención es reclamar a los acólitos de Dargemon, gritarles en sus caras que he sido engañado. Y si es preciso, exigiré ver al mismo Dargemon.

—Estás loco. Conseguirás que te maten —respondió Dole, moviendo la cabeza—. ¿Es que eres tú el único que han engañado? Sé que han sido ya muchos los caballeros que han obtenido su Poder…

—Pero la mayoría nunca experimentaron antes el verdadero Poder, por la sencilla razón que recibieron las armas descargadas o lo olvidaron. Yo, en cambio, lo recuerdo perfectamente.

Calló Durgen al acercarse la camarera con una bandeja llena de carne asada, una fuente con frutas y dos jarras de vino.

—¿Esperas algo? —le preguntó Dole al notar que no se marchaba.

—Adivínalo —respondió la mujer poniendo las manos cruzadas sobre sus pechos abultados.

—Quiere que le pagues —indicó el de Iusis, tomando un trozo de carne humeante y bebiendo un buen trago de vino.

Dole sacó su bolsa y puso en las manos de la camarera una moneda de oro, diciéndole que se quedase con el resto. La mujer se retiró sopesando la pieza y lanzando miradas a los ocupantes de la mesa. Al alzar la vista, Dole vio que Durgen estaba asustado.

—El loco eres tú ahora, muchacho. ¿A quién se le ocurre mostrar en público una bolsa tan repleta de dinero? —dijo.

—Esa mujer está hablando con unos tipos, Dole —informó Orala.

—Será mejor que comamos rápidamente y nos marchemos —aconsejó Durgen—. Esta taberna está llena de ladrones, ansiosos por obtener dinero para acudir a la Morada.

—No veo a nadie que tenga algo parecido a una pistola para cargarla con el Poder…

—No todo el mundo va a la Morada con ese propósito. Es más, casi todo el mundo acude para sanar de alguna enfermedad o por el mero hecho de ver y escuchar a Zdict.

Orala dejó caer el trozo de carne que había estado mordisqueando.

—¿Es que ese dios puede verse y además habla? —preguntó mirando resentida a Dole.

—Sí, así parece.

Con la boca llena y mirando en derredor desconfiadamente, Durgen respondió:

—Si se le pudiera entender de la misma forma como se le ve… Pero el idioma que habla sólo puede interpretarlo Dargemon.

—Está visto que tengo que enterarme de todo lentamente, y no precisamente por ti, Dole.

—Para ser tu escudero te habla con demasiada familiaridad —sonrió el caballero de Iusis.

—Es un insolente, y de vez en cuando tengo que azotarle —

respondió Dole, mirando por encima de la cabeza de Durgen como los hombres con los que había estado hablando la camarera, que les miraban de soslayo, salían del local.

Eran tres y estaban armados con espadas y puñales. Dole hubiera dado otra moneda por saber cómo se comportaría Durgen una vez que estuviesen fuera.

Un momento después, cuando los platos estaban vacíos y Durgen tragaba el resto de la última jarra, dijo:

—Vayamos en busca de los caballos, si es que aún continuaban amarrados fuera.

—Te pueden matar en esta maldita ciudad a la luz del día, pero nadie se llevará tu caballo, muchacho —replicó Durgen lanzando un sonoro eructo.

—¿Es posible eso?

—Claro. Dargemon dice que todos los caballos sin dueño en la ciudad son de su propiedad. Sus acólitos recogen todos los que encuentran abandonados, mientras sus dueños se desangran en un rincón oscuro.

El local estaba más concurrido que cuando entraron. El olor a sudor y vino fuerte hizo que Orala arrugara la nariz, comentándolo con Dole.

Fuera en la calle, tristes antorchas intentaban inútilmente de alejar la oscuridad de la noche que se había abatido sobre la urbe. Los caballos seguían atados a la larga madera. Durgen miró hacia las esquinas, receloso y con la mano cerca de la empuñadura de su espada.

—Si montamos seremos un blanco más fácil de alcanzar. Los ladrones de aquí tienen justa fama de ser buenos lanzadores de cuchillo —dijo Durgen cuando vio que Dole empezaba a desatar su montura—. A poca distancia hay un local de hospedaje. Una vez dentro de la habitación estaremos seguros si la atrancamos bien.

A Dole no le hizo mucha gracia la idea de compartir el cuarto con el caballero de Iusis. Había pensado estar a solas con Orala. Pero no podía dejarle en la estacada, sin dinero como se encontraba.

—Guíanos —dijo en un gruñido.

Apenas se habían alejado cien metros cuando unas figuras saltaron en medio de la calle, cortándoles el paso. Eran seis

hombres. Los tres que salieron del local debieron de ir en busca de ayuda.

Uno de ellos, moviendo su espada, les dijo:

—Sólo queremos vuestro dinero, no vuestras vidas.

—¡Un caballero nunca da una moneda a un rufián! —gritó Durgen, desenfundando su espada y empuñando la pistola con la mano izquierda.

Dole rezongó una maldición y blandió su espada, lamentando no tener llena de Poder su pistola, envidiando la de Durgen. Hizo que Orala se colocara detrás suyo, pero la chica, tercamente, se mantuvo a su misma altura.

Cuando los ladrones comenzaron a acercarse hacia ellos, Durgen apretó el gatillo. Una vivida luz estalló delante de los asaltantes. Únicamente quien estaba en el centro del trazo lumínico retrocedió unos pasos, lanzando juramentos contra la familia de Durgen, para volver en seguida al ataque.

Los aceros estallaron en el aire. Dole hizo retroceder a tres hombres, sacando mientras tanto su larga daga, con la que hirió en el antebrazo al que intentó sorprenderle por el flanco izquierdo.

La callejuela era estrecha y los dos caballeros contuvieron a la media docena de bribones. Pero uno de ellos, pegándose a la pared, logró filtrase y atacó a Orala.

Dole se mordió los labios. No podía ir en su ayuda, y, horrorizado miró como el rufián, riendo roncamente, acercaba su arma hasta lo que suponía un muchacho asustado.

—¡Corre, Orala, huye! —le gritó Dole, dando mandobles desesperadamente.

Pero Orala permaneció impasible ante la proximidad del ladrón. Cuando la espada corta y oxidada de éste se acercaba muy despacio al cuello de la muchacha, Orala se movió rápidamente, cogió por la muñeca al hombre y tiró hacia ella. Mientras el sorprendido hombre volaba materialmente, le propinó una fuerte patada entre las piernas con la rodilla.

Luego, como si los ochenta kilos del ladrón no significaran nada para ella, Orala lo arrojó contra el terroso suelo. Allí le volvió a golpear con la mano plana, casi con indolencia, en el cuello.

Dole y Durgen retrocedían ante el violento ataque de los cinco hombres restantes. El de Iusis también debió haber observado como

el supuesto escudero se libraba con tanta facilidad de su oponente, de quien se había apoderado de la espada.

—Corred tan pronto vuelva a disparar —dijo Durgen alzando de nuevo su pistola, más espectacular que resolutiva.

Después de mover su espada varias veces en molinete, Durgen volvió a disparar. Esta vez mantuvo la cegadora luz durante varios segundos, consiguiendo que los ladrones, lanzando imprecaciones retrocedieran unos pasos. Parecían como si estuvieran recibiendo descargas eléctricas a baja potencia.

—¡Ahora! —gritó Durgen.

Echaron a correr por las estrechas calles. Pronto escucharon al grupo seguirles.

—Cochina pistola la tuya, amigo —dijo Dole, jadeante por la carrera.

—Te lo dije, ¿no? —exclamó Durgen, volviéndose para mirar a los perseguidores—. Y ahora apenas tiene Poder. Sólo sirve para asustar. Y ellos debían sospechar que está agotada prácticamente.

Dole se detuvo y giróse sobre sus talones. Un ladrón había corrido más veloz que los demás y lo tenían casi encima. Movió su espada y el hombre gritó, al sentir el acero que le producía un profundo corte en el rostro. Otro bribón se acercó y fue Orala la que le golpeó con el plano de su espada, haciéndole caer sobre el otro.

—Acudirán más al ruido de este jaleo —dijo Durgen—. Y no precisamente a ayudarnos, sino a colaborar con los ladrones a despojarnos.

Dole se preguntó qué tenía Durgen que pudiera ser robado. Pero le hizo caso y siguió corriendo, procurando que siempre Orala estuviera delante suyo. Aunque la chica había demostrado sobradamente que sabía defenderse no quería que se arriesgase.

Los ruidos de la gente que les seguían eran más fuertes, como si el número de aspirantes a la bolsa del dinero de Dole se hubiera incrementado.

Al doblar una esquina se detuvieron en su frenética carrera. Se hallaban en un callejón sin salida. Un muro de tres metros les cerraba el paso. Dole se acercó a la desvencijada puerta de madera de una casucha y la empujó. En el segundo intento, la puerta cedió.

Durgen empujó a Orala al interior y mantuvo a tres ladrones a distancia, lanzando lo que debían ser las últimas descargas de su

pistola, ya que los haces luminosos eran más tenues.

Aquella tregua la aprovecharon para cerrar la puerta. Tanteando en la oscuridad, Orala había encontrado un trozo de madera que usaron para apuntalarla.

Mientras sobre la frágil puerta, caían furiosos golpes, Durgen frotó su pedernal y prendió un trozo de madera seca. Estaban en un cuarto lleno de suciedad y muebles destrozados. Al fondo había una escalera. Durgen la indicó a sus amigos.

—Tal vez consigamos pasar a otras casas y despistarlos por las azoteas.

En el siguiente piso la desolación era idéntica a la planta baja, pero hallaron una tronera por la que saltaron hasta la azotea.

Orala se acercó a la baranda, y Dole, furioso, la quitó de allí sin contemplaciones. Fue a tiempo, pues una flecha silbó por encima de sus cabezas.

—Uno de ellos tiene un arco, y la noche no es lo suficientemente oscura —dijo Durgen. Las lunas surgían por el horizonte y pronto habría más luz—. Veamos por el otro lado.

El fondo de la casa estaba separado sólo a un metro escaso del muro que en el callejón les cortó la huida. Dole saltó primero y luego se dispuso a ayudar a Orala, pero la chica volvió a sorprenderle, salvando la distancia y la altura que les separaba de la parte superior del muro, con insultante facilidad.

Durgen tuvo dificultades y Dole le ayudó en el momento que estaba a punto de caer en el estrecho pasaje repleto de basuras. Al otro lado de la calle, los ruidos de los ladrones les indicaron que éstos seguían intentando penetrar en la casa que habían abandonado.

Anduvieron por encima del muro, que era de dos metros de ancho.

Dole echó un vistazo al otro lado y sólo distinguió las sombras de una arboleda, o tal vez de un jardín muy frondoso.

Un gemido emitido por Durgen le hizo detener, y él a su vez sujetó a Orala por la muñeca.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó irritado por la súbita detención.

—¿No sabes dónde nos encontramos? Por Taron, Dole. ¡Éste es el segundo muro, el que rodea la Morada! Si nos descubren…

Se agacharon y Dole tuvo que contener los deseos de Durgen de

escapar de allí cuanto antes, aunque con ello cayeran otra vez frente a las espadas de los ladrones.

—¿Dónde está la Morada? —preguntó Orala, intentando taladrar la oscuridad que había al otro lado del jardín.

Unas nubes dejaron paso la tenue luz de Ta y Rya. Durgen indicó hacia su derecha. En aquel instante surgió de detrás de la arboleda un resplandor dorado, duró unos segundos para luego apagarse.

—Por la noche reluce intermitentemente —explicó Durgen—. Tenemos que marcharnos en seguida.

Dole estaba a punto de asentir cuando Orala dijo firmemente:

—No.

—¿Qué dice este idiota? —increpó Durgen.

—Es la mejor oportunidad para entrar en la Morada —los ojos de la muchacha parecieron brillar en la oscuridad, mirando alternativamente a Durgen y a Dole—. En presencia de los acólitos nunca tendréis vuestras armas repletas de Poder. Ahora es el momento de inspeccionarlo todo tranquilamente. Posiblemente no habrá guardias en el interior de… la Morada.

—Torale no dice ninguna estupidez, Durgen. ¿Por qué pagar por algo que podemos conseguir gratis? —dijo Dole.

—¡Pero nada más que los acólitos pueden hacer que el Poder sea traspasado a las armas!

Antes de reemprender el avance por el muro, Orala dijo:

—Yo sé cómo hacerlo. Seguidme y buscaremos el mejor lugar para descender en el jardín.

Dole hizo un gesto al de Iusis para que hiciera caso a Orala.

La muchacha descubrió un árbol que crecía muy próximo al muro. Con su agilidad ya conocida, saltó a una rama y descendió sobre la hierba silenciosamente.

Dole la siguió, y se mordió los labios cuando su armadura produjo unos ruidos, que aunque leves, a él le parecieron atronadores.

Durgen vaciló antes de saltar, pero ante la insistencia de Dole terminó haciéndolo, para en seguida susurrar a su compañero:

—Mañana nuestras cabezas lucirán encima de la muralla clavadas en sendas picas.

—Esto está por verlo, amigo —repuso, divertido, Dole.

Los resplandores de la Morada los guiaron hasta ella. Órala iba delante, a varios metros de los hombres. Escucharon ruidos y la muchacha se agazapó detrás de unos matorrales. Cuando la figura del acólito se recortó sobre las lunas, ella saltó sobre él y lo derribó después de propinarle un par de golpes.

Durgen silbó quedamente, sorprendido y admirado. Cuando pasó junto al centinela caído, alzó su daga para rematarlo. Orala se lo impidió.

—No despertará hasta dentro de varias horas. —Su voz sonó natural, sin el tono masculino con que la disfrazaba.

—¿Quién eres tú? Ahora hablas como una mujer…

—Lo es, pero olvídate de eso ahora y sigámosla. Creo que ella sabe muy bien lo, que está haciendo.

Confundido, Durgen bajó muy despacio su daga, pero no la guardó. Siguió, callado, al caballero y la mujer.

CAPÍTULO V

Él jardín estaba más cuidado alrededor de la Morada. A unos veinte metros de ella Se alzaban algunas edificaciones de una sola planta, y detrás de éstas, una especie de palacete. Durgen explicó:

—Son los pabellones de los acólitos de Dargemon. Su palacio está detrás, bien guardado siempre por sus sirvientes.

Todos miraban la Morada. Era tan alta como una casa de tres pisos, de formas difíciles de definir en medio de la oscuridad y el resplandor que sus paredes, de color oro, lanzaban de vez en cuando. Parecía de metal cuando el brillo se opacaba, pero cuando lucía en su máximo esplendor, el dorado de su tono hacía difícil catalogar su estructura.

—Sólo hemos encontrado un guardia —susurró Dole—. Para ser un recinto sagrado, dedicado al dios Zdict, está poco guardado.

—Apostaría mi cabeza que somos los primeros en profanar el recinto de noche, saltando por el muro. Nadie ha debido hacerlo antes —dijo Durgen, y en su voz se palpaba el miedo o el respeto—. Excepto para los acólitos, la presencia aquí, después de ponerse el sol, está terminantemente prohibida a los demás mortales.

—La entrada, Orala…, ¿dónde diablos está? —preguntó Dole.

Ella les indicó que la siguieran. La grácil figura de la muchacha anduvo sobre la vereda de piedras, acercándose a la pared de la Morada. En un intervalo de oscuridad, Orala acercó sus manos a la superficie metálica y una sección triangular de ésta se movió, dejando una abertura amplia y oscura.

—Sí, ésa es la puerta que permanece abierta durante el día —dijo Durgen agarrando a Dole fuertemente el hombro—. Muchacho, ésta es la noche más extraña de mi vida, pero juro por Taron que merece la pena vivirla.

Dole le sonrió y caminó detrás de Orala, que ya franqueaba la entrada. El interior de la Morada se iluminó con una luz blanca, de

moderada intensidad.

Detrás de ellos, la abertura se cerró silenciosamente. Orala se volvió a sus amigos, diciendo:

—No asustaros. Es normal lo que sucede.

—Yo no estoy asustado —dijo, ofendido, Dole.

—Estoy segura —rió Orala—. Seguidme.

Caminó por el interior de la Morada como si aquél le fuese más familiar que a Durgen, de quien Dole sabía que, indudablemente, había estado allí hacía muchos días.

El suelo metálico estaba cubierto con alfombras rojas con signos que Dole identificó, cuando se lo mostró Stirede, pertenecientes al linaje de Dargemon, que siempre fueron de humilde cuna y ahora el nuevo señor de Haramal los había elevado a la máxima categoría.

Cruzaron varias estancias. Dole caminaba al lado de Orala. De vez en cuando la miraba de reojo, cuando lograba sobreponerse a la impresión que aquella construcción, nunca imaginada por él que pudiera existir, le producía. Veía a la muchacha tan distinta a la que había conocido aquella noche en el bosque, tan diferente a la que varias veces había compartido con él momentos de placer que le parecía otra, y no precisamente por su disfraz de muchacho.

Orala actuaba con naturalidad, mirando siempre al frente y dando pruebas de saber a donde quería ir. Sólo una vez se detuvo para inspeccionar un habitáculo, que después de echarle una ojeada transfiguró su rostro en una máscara de ira.

—Lo han destrozado todo, saqueado —dijo, y aligeró el paso hacia el interior de la Morada—. Se han llevado las unidades de ayuda, y seguramente la usan como adornos o escupideras.

El suelo ascendía levemente, hasta detenerse en una puerta. Durgen susurró al oído de Dole que allí estaba Zdict.

Pero Orala penetró en la estancia más decidida que nunca, como nerviosa por primera vez. La estancia era grande, circular. En el centro había un bloque de metal, también dorado, que llegaba hasta el alto techo.

Y el dios Zdict se les apareció.

Y habló.

* * *

Dole estaba paralizado, intentando dominar el miedo. No era un

hombre que se dejase llevar por el temor, pero lo que desconocía le producía profundo respeto, tanto que lindaba con el pánico. La actitud, profundamente temerosa, de Durgen, le envalentonó. El señor de Iusis se había arrodillado ante la presencia de Zdict.

Zdict había surgido en tres puntos distintos del bloque metálico central. Tal vez hubiese otra imagen al otro lado, pensó Dole. Era un gigante de tres metros de altura, que flotaba en el aire. A través de su cuerpo cubierto por ropas ajustadas, que denotaban una fuerte musculatura, se veía el macizo central de la estancia, del que parecía haber aparecido.

El dios hablaba de forma incomprensible, como un largo cuchillo. A veces movía los labios y no pronunciaba palabra alguna. En cambio, en algunos instantes su voz sonaba y sus labios permanecían quietos.

El caballero de Taran recobró su respiración normal y observó la actitud serena de Orala, mirando sin ningún respeto la imagen frontal y dos de lado que tanta consternación producían en Durgen.

La muchacha comenzó a dar la vuelta al bloque central y, tímidamente, Dole la siguió. Durgen permaneció en el mismo sitio, de rodillas.

Tal como había supuesto Dole, al otro lado existía otra imagen del dios. Las cuatro eran iguales y sus movimientos labiales acordes.

—Dame tu pistola, Dole —le pidió la muchacha acercándose a uno de los cuatro salientes del bloque central, sobre el cual parecía flotar Zdict.

Dole no se hizo repetir la demanda. Orala tomó el arma, manipulando en ella hasta hacer de la culata una… prolongación que produjo un chasquido. Se aproximó a una especie de consola, ignorando la imagen cercana a ella del dios. En una de las muchas ranuras que había introdujo el cilindro que había extraído de la culata.

—¿Qué haces? —preguntó Dole en un susurro.

—Estoy cargando tu arma con lo que tú llamas Poder —replicó Orala—. Pero esta vez tendrás verdadero Poder, y no la mínima carga, sólo anestesiadora, que le dieron a Durgen a cambio de sus monedas.

—Cariño, eres un enigma. ¿Quién eres realmente?

Ella sonrió, como si hubiera estado esperando semejante

pregunta.

—Ahora eres tú el que estás ansioso por conocer respuestas. Si me hubieras dicho lo que era la Morada hubiera sido más explícita antes de entrar en la ciudad. Debiste haberme contado lo que te confió el viejo Stirede.

—Por Taron, Orala. Me pidió que no te lo dijese. Stirede pensó que no debía asustarte demasiado. Pero veo que él te juzgó mal. Pienso que estás familiarizada con la Morada, que no te sorprende nada de lo que aquí hay. ¿Por qué?

—Lo que llamáis Morada no es más que una UNAPR, una Unidad de Aproximación, enviada aquí hace varios años —alzó la mirada hasta la imagen más próxima del dios—. Y quien pensáis que es Zdict, el dios nuevo, un viejo compañero mío. Claro que su mensaje está sincronizado con la velocidad de la proyección y, obviamente, nadie puede entenderlo.

Dole la miró perplejo.

—Seguro que no me entiendes —rió Orala—. Pero pronto todo esto te será sencillo para ti. Alguien fue el primero en descubrir la nave y, sencillamente, la convirtió en un centro religioso. Le fue fácil crear una nueva religión en su provecho. Creo que nuestro Centro de Coordinación no valoró exactamente el estadio de civilización en que se encontraba este planeta.

—¿Quieres decir que tú conoces al dios Zdict? —Balbuceó Dole —. Recuerdo que me preguntaste si te creía una diosa, allá en el bosque…

—Ése no es un dios, Dole. Es un hombre como tú, que se prestó para grabar un mensaje de cordialidad, explicando lo que significa esta unidad y el empleo justo que se debe hacer de ella. Es posible que durante el descenso automático sufriese una avería y algunos dispositivos se averiasen. Por ejemplo, la grabación corre a mayor velocidad, de la normal, desajustada de la imagen. Puedo corregir este defecto, por supuesto.

—Antes dijiste que habían saqueado la Morada…

—Sí. En varios cuartos había suficientes elementos para hacer la vida más placentera hasta que la llegada de mis compañeros se produjese. También ha debido averiarse seriamente el comunicador central, que debía enviar datos importantes al Centro Coordinador. Allí se pensó que la unidad se había extraviado, que nunca llegó a

este planeta. El asunto se olvidó muchos años, y cuando se descubrió el fallo, me enviaron a mí apresuradamente.

—Vienes de las estrellas, ¿no?

—En cierta forma, sí. Exactamente, de la Tierra. Se tardó mucho tiempo en redescubrir la existencia de este mundo. Desgraciadamente, la burocracia aún existe y son demasiados los mundos que deben ser rescatados del pozo de incivilización en que viven desde el Gran Desastre. El Orden Estelar tiene demasiado trabajo, muchos planetas por inspeccionar y escaso personal.

—¿Cómo llegaste aquí, al bosque, quiero decir?

—Una inspección rutinaria. Las computadoras dictaron que la unidad pudo haber llegado y me enviaron para confirmarlo. Aunque al aproximarse esta nave automática seguía sin retransmitir, decidí explorar el planeta. Usé un cilindro monoplaza, pero sufrió una avería y tuve que descender. En la caída en el bosque se produjo un leve choque y perdí el sentido. Desperté y te vi. Eso es todo.

—¿Existe otro artefacto?

—Una nave, en la que llegué. Está orbitando este planeta a unos doscientos kilómetros de distancia —Orala sonrió—. Por eso me enfadé tanto cuando descubrí mi cilindro destrozado por esos pesados animales.

Se acercó a otra consola y comenzó a manipular en ella. Durgen, que desde hacía rato no veía a sus amigos al otro lado del bloque, sacando fuerzas se acercó a ellos. Estaba muy pálido y Dole trató de animarle.

—Todo está bien, amigo mío. No temas nada a eso que piensas es un dios todopoderoso. Es nada más que un artilugio mecánico. Todo esto es obra de hombres como nosotros, aunque infinitamente más inteligentes.

El de Iusis se fijó en el desparpajo con que Orala tocaba los mandos que él sólo había visto atreverse a hacerlo a los acólitos de más confianza de Dargemon.

Orala notó su presencia y sacó la pistola de Dole. Arregló la culata y se la entregó a su dueño, diciéndole:

—Dargemon no sabía o no quería, cargar la con toda su potencia, Dole. Es posible que aún no haya entendido todo lo que significa realmente la Morada. Ahora tu arma es mortal. Úsala con prudencia. Tiene el mismo poder mortífero que la primera vez que

tu padre o tu abuelo la tuvo empuñada. Ahora cargaré la tuya, Durgen.

En silencio, Durgen se la entregó y Orala repitió la operación.

—En unos instantes estará lista. Entonces nos marcharemos.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Dole señalando la consola donde ella había estado trabajando.

—No estoy segura si funciona correctamente. He enviado un mensaje a mis colegas, diciéndoles lo que sucede en este planeta. También he intentado que mi nave descienda.

—¿En la ciudad?

—Oh, no. ¿Recuerdas el gran lago situado a unos treinta kilómetros de esta ciudad, Dole? Pues, si no me he equivocado, mi nave descenderá allí. Si todo sale bien el tiránico reinado de Dargemon está próximo a finalizar…

Súbitamente, Orala calló al alzar su mirada hasta el techo.

—¿Qué sucede? —preguntó Dole, preocupado ante la expresión de temor de su amada.

—Los visores han estado funcionando todo el tiempo que llevamos aquí —dijo Orala señalando unos dispositivos colocados en el techo, que giraban sin cesar muy despacio—. Me temo que Dargemon puede haber interpretado correctamente algunas cosas que aquí había y dispone de televisores en su palacete mediante los cuales siempre sabe lo que sucede en la Morada.

Durgen asintió:

—La gente dice que Dargemon siempre conoce, por medio de Zdict, lo que los fieles hacen en la Morada. Muchos fueron castigados por blasfemar o hacer gestos obscenos creyendo que ningún acólito les veía.

Entonces escucharon pasos de mucha gente fuera y el entrechocar metálico de espadas.

Apenas dieron la vuelta al bloque cuando en la sala irrumpieron docenas de acólitos. Muchos llevaban pistolas y rifles. Detrás quedaron más hombres que mostraban por detrás de sus compañeros largas lanzas. Delante de todos, un hombre alto y delgado, con túnica roja como la sangre, les miraba interesado.

—Habéis acumulado tantas faltas graves contra Zdict que ni con cien vidas pagaréis —dijo con voz tonante.

Los guerreros acólitos empezaron a deslizarse por las paredes

lentamente, y el hombre de la túnica roja avanzó tres pasos.

—Quiero que matéis a los dos caballeros —dijo a sus hombres—. Pero la mujer no debe sufrir el menor rasguño.

Orala se interpuso delante de sus amigos.

—No eres tan estúpido como presumí, Dargemon. Sé que me quieres viva para que te revele todo lo que tú no has podido comprender en tantos años. La Morada, como la llamas, aún encierra muchos secretos para tu salvaje mente.

—Cállate, mujer. Zdict me ha revelado muchas cosas. Sé todo cuanto habéis hablado y que tú, pese a tus indumentarias masculinas, eres una mujer —dijo Dargemon.

—Claro que sabes lo que ha pasado. Tienes instaladas pantallas. Era lo más sencillo de interpretar. Pero tus torpes manos no han conseguido extraer el máximo de energía que dispone esta unidad. Si durante tantos años no te has decidido a invadir a tus vecinos es porque tus acólitos no disponen de energía en sus armas para matar a tus enemigos, sino sólo atontarlos.

—No deseo hacerte daño porque tengo que meditar tu suerte. Nunca una mujer se ha atrevido a profanar el templo de Zdict. Pero estoy dispuesto a ser magnánimo y permitir que tus amigos salgan con vida.

Estaban muy próximos al bloque central. Súbitamente, Orala saltó hacia detrás de él, agarrando un brazo a Dole y gritando a Durgen que hiciera lo mismo.

Apenas estuvieron ocultos cuando varios disparos se estrellaron contra el bloque, mientras las cuatro imágenes del supuesto Zdict seguían emitiendo su incomprensible mensaje.

—Sus disparos no son mortales, pero si nos alcanzan nos dejarán inconscientes —dijo Orala sacando la pistola de Durgen de la consola—. Déjame disparar a mí, Dole.

Dole ya tenía empuñada su arma, pero permitió que la muchacha se arrastrara por el suelo y, asomándose un poco, efectuó un disparo.

Lo hizo apuntando hacia el suelo y el efecto fue espectacular. Una línea de fuego blanco trazó un reguero mortal, hasta que se topó en su trayectoria con dos acólitos, a los que envolvió en una nube de color rojo y que al elevarse mostró el lugar totalmente vacío.

Hubo un revuelo en las filas de guerreros y algunas espadas y lanzas cayeron al suelo al echar a correr sus dueños. Se escucharon las voces furiosas de Dargemon instándoles a regresar.

Segundos después volvían a estar solos.

—Esto se llenará en seguida de tropas —dijo Orala—. Y no creo que la próxima vez se asusten tanto.

—La salida estará vigilada.

—Sí, y aunque no todos tienen armas capaces de dejarnos inconscientes, una flecha o un lanzazo pueden resultar más desagradables —admitió Orala—. Esta nave tiene otra salida de emergencia.

Corrieron al fondo de la sala y Orala necesitó unos instantes para encontrar el mando que hizo abrir una abertura estrecha de la altura escasa de un hombre. Era un túnel largo y tenuemente iluminado.

—Es la excusa, pero ahora nos conducirá a la parte posterior del jardín y no al espacio —dijo Orala—. Vamos.

La puerta se estaba cerrando a sus espaldas cuando pudieron escuchar el estrépito que formaban los acólitos al irrumpir, en tropel, nuevamente en la sala.

Orala abrió la segunda puerta y saltaron a la húmeda hierba del jardín. Se agacharon. Por todas partes había hombres portando antorchas y corriendo de un lado para otro.

—Vamos a tener que abrirnos paso hasta la salida, y luego cruzar toda la ciudad para escapar —masculló Dole.

—No olvides el lugar donde debemos encontrar mi nave —recomendó Orala.

—¿Por qué lo dices?

—Puede sucedemos algo, tener que separarnos y quiero verte allí.

Echaron a correr por entre dos hileras de árboles, Orala cerraba la marcha y Durgen la encabezaba, ya que él era el único que había estado allí anteriormente y confiaban en que encontrara la salida, ya que escalar el muro era totalmente imposible.

Orala gritó cuando un tropel de acólitos cayó sobre ellos. Dole hizo que su espada trazara un círculo y escuchó cómo la carne era cortada y los huesos rotos. Durgen disparó su arma y algunos acólitos se desintegraron junto con varios árboles.

El humo era espeso y de color sangre. Dole retrocedió en busca de Orala, dio buena cuenta de dos acólitos que trataron de detenerle, mientras él gritaba el nombre de su amada.

Durgen se unió a él y volvió a efectuar nuevos disparos, alejando a siervos de Dargemon que intentaban cogerles por la espalda.

Dole pensó que la muchacha debió haber conservado la pistola en lugar de entregársela a Durgen mientras huían por el pasillo. El caballero la usaba atolondradamente, ocasionando un incremento del humo que les impedía ver más allá de dos o tres metros.

Vieron dificultosamente cómo un grupo de acólitos intentaba reducir a Orala, que con su peculiar forma de lucha hacía el intento sumamente difícil.

Gritando para darle ánimos, Dole se lanzó contra ellos. Su espada se clavó varias veces en los cuerpos de cuantos le oponían. Sólo una vez se atrevió a disparar contra un acólito que estaba a punto de descargar sobre su cabeza una pesada maza de hierro.

Pero acudieron más hombres que se interpusieron entre ellos y el grupo que arrastraba a Orala, alejándola.

Con la mente nublada, Dole arremetió contra los que le cerraban el paso. Entonces se produjo un estallido delante suyo y sintió que perdía el conocimiento. Torpemente pensó que le habían disparado con una de aquellas armas tan débilmente cargada, pero que podía dejarle fuera de combate, en poder del enemigo.

Durgen acudió en su ayuda. De nuevo su arma escupió un torrente de fuego y la barrera humana se disgregó. Pese a su torpeza, resolvió momentáneamente la situación.

Dole ya sólo notó que era empujado y que de vez en cuando se detenían. Sus veladas pupilas captaban estallidos cegadores, de nuevo a correr, siempre empujado por su amigo.

El tiempo perdió para él todo significado. En su enturbiada mente apenas llegó la sensación de que dejaban de correr sobre la tierra húmeda del jardín, pisaban los adoquines de las calles y luego era alzado hasta la silla de un caballo. El galope de éste resonó en su cerebro dolorosamente durante un rato, hasta que una nube negra le sumergió en la total inconsciencia.

Dargemon escuchó silencioso el informe de su oficial. Sus labios estaban apretados y el mentón temblaba ligeramente. Cuando habló lo hizo roncamente, escupiendo al acólito toda su furia mal

contenida.

—Más tarde decidiré los castigos de cuantos han tenido la culpa que esos infieles hayan escapado. Que la mujer sea encerrada y vigilada estrechamente, pero que nadie ose tocarla.

—Sí, mi señor —asintió, tembloroso, el oficial.

—Quiero meditar. Más tarde la veré.

—Las tropas están dispuestas para perseguir a los fugitivos, mi señor.

—Que salgan al amanecer y los traigan vivos o muertos. Pero quiero ver sus cadáveres, para escupirles.

—Los caballeros a tu servicio…

—Sí, ésta será una buena ocasión para que me demuestren su fidelidad. Me habría gustado que hubiesen estado en la lucha del jardín y comprobar si son tan buenos en la lucha como la fama que perdieron con el transcurso del tiempo.

CAPÍTULO VI

Dole había escuchado las explicaciones de su amigo sin mover un solo músculo facial. Luego se volvió para mirar en dirección de la Ciudad Dorada, perdida ya en el horizonte.

Durgen se incorporó y le siguió, pero respetó la distancia de varios pies.

—¡Por Taron, Dole! —exclamó—. No pude hacer más. Fuiste alcanzado y tenía que decidir entre salvarte a ti o a la chica. Estabas más próximo y ella ya muy lejos, arrastrada por una masa de acólitos.

El señor de Taran se volvió despacio y tomó entre sus manos las de Durgen.

—Perdona, mi buen amigo. He debido darte las gracias antes —dijo pastosamente, aún con dolor de cabeza y el cuerpo dolorido—. Pero no puedo resignarme, pensar que Orala está allí, en poder de Dargemon. Tengo que volver y rescatarla.

—No seas loco. Aún no estás bien. Ni con las poderosas armas que disponemos lograríamos nada. Aunque matamos diez o veinte acólitos, Dargemon tiene muchos hombres a sus órdenes. Ahora estarán vigilantes y no podríamos cruzar la ciudad de nuevo como lo hicimos anoche, aprovechando la oscuridad y la confusión.

Dole tomó su pistola y la miró. Durgen negó con la cabeza.

—Nosotros podemos matar con las armas, pero, nuestros enemigos pueden dispararnos flechas y lanzas desde muchos sitios a la vez. Y también sus armas, aunque no matan sí pueden vencernos y ponernos bajo el hacha del verdugo.

—Vuelves a tener razón —replicó Dole, abatido—. ¿Qué podemos hacer entonces?

Durgen se encogió de hombros.

—Ojalá lo supiera —dijo tristemente—. Tal vez buscar ayuda.

—Stirede. —Y Contó a Durgen su entrevista con el antiguo rey

de Haramal—. El problema es qué perderemos un día en llegar a la vieja capital del reino, pero pienso que él puede encontrar la solución.

—Creí que ese viejo había muerto en su exilio en las montañas.

—Vive y aún conserva aliados, gentes que le son fieles.

Se dirigieron a los caballos, recogieron las armas y montaron. Desde el altozano donde se hallaban, miraron una vez más en dirección a la Ciudad Dorada. Al hacerlo, descubrieron una nube de polvo en la llanura.

—Dargemon ha lanzado sus tropas tras nosotros —dijo Dole.

Durgen aguzó la mirada y meneó la cabeza.

—No estoy muy seguro, pero he creído ver estandartes pertenecientes a caballeros. Tal vez ha enviado a los traidores caballeros que han jurado obedecerle.

—Estaremos lejos de ellos muy pronto —respondió Dole, espoleando su caballo.

* * *

Stirede recibió a Dole y a su acompañante con nerviosismo. Los condujo a su gabinete de trabajo y preguntó en seguida por la muchacha.

Dole contó todo lo sucedido, se detuvo un instante para beber vino y añadió:

—Tienes que ayudarme a salvarla, Stirede. Ella es una mujer que no pertenece a este mundo, pero la quiero. Tengo que volver a verla.

Stirede arrugó el ceño.

—Las viejas leyendas siempre se referían a seres que vivían en las estrellas y que tiempo atrás vivieron entre nosotros.

—Nunca escuché nada semejante. —Los ahora desaparecidos sacerdotes de Taron y Diala prohibieron esas leyendas y cuantos libros se referían a ellas. Pero yo los leí y busqué a viejos sabios que podían interpretar los párrafos más oscuros. Seguramente tampoco sabrán que el origen de Taron y Diala partió a raíz de los tiempos oscuros, cuando el caos imperó en el mundo. Ellos fueron los que eligieron hombres justos, convirtiéndolos en caballeros y les entregaron las únicas armas disponibles para que con ellas hicieran respetar el orden y la ley.

»Los irrespetuosos de la divinidad de Taron y Diala afirmaban que eran simples mortales, pero los únicos en este mundo que conservaban un conocimiento profundo del pasado en el cual nuestros antecesores vivieron en la abundancia y el bienestar.

—¿Y qué piensas de todo cuanto te he contado?

—Estoy confuso. Generalmente una situación degenera en una creencia religiosa y sus servidores, inconscientemente o no, tergiversan su origen, tal vez en su propio provecho. También se decía, en mis tiempos de joven príncipe, que la Suprema Pareja eran un hombre y una mujer que ostentaron la representación en este mundo de otra divinidad más poderosa, que ellos eran nada más que una especie de policía.

—Estoy seguro que los dioses no fueron tales, sino personas inteligentes. No dudo de su honestidad, por supuesto. Pero Taron y Diala, si eran humanos como nosotros, debían estar emparentados con seres que viven en las estrellas. La mujer Orala ha dado pruebas que ella procede de esos mundos que brillan en la noche. Ha venido aquí con una misión concreta. Conoce la Morada de Dargemon, que ella afirma es nada más que una máquina capaz de navegar entre las estrellas que sus superiores enviaron aquí para ayudarnos.

—¿Ayudarnos? —Rió con sorna, Stirede—. Si es cierto, sólo ha permitido que Dargemon esclavice la región y amenace las vecinas.

—Ése fue un hecho desafortunado. La nave llamada UNAPR fue descubierta por Dargemon y usada en su provecho. Pero podemos desenmascararle, convencer al pueblo que él no es ningún representante de ese dios que se ha inventado y llamado Zdict.

El viejo miró al caballero desvaídamente.

—Me imagino que piensas que puedo ayudarte. ¿Cómo puedo hacerlo? Yo te reclamé para que me socorrieras, para que libraras a Haramal de Dargemon. Sólo soy un viejo que antes de morir quiere ver liberado su pueblo y que Ícaro me suceda en el trono que perdí.

—Pude acabar con Dargemon, Stirede, pero en aquel momento no lo recordé. Luego, la lucha fue terrible y nada más pensaba en salvar a Orala.

—No te culpo de nada.

—Tú tienes amigos…

—Unos pobres viejos como yo, que vagan por estas ruinas. Y a veces no puedo fiarme de ellos completamente. Si sospecharan que

oculto el tesoro real… No sé.
Dole soltó un gemido.
—Eras mi última esperanza.
—No entiendo…
—Durgen y yo con nuestras armas no podemos rescatar a Orala, ni pensar en pasar desapercibidos entre los centinelas. Tenemos que formar un ejército y atacar de frente.
—Necesitaríamos años en conseguirlo —musitó Stirede—. Con el reclamo de vuestras armas, tal vez. Y también con mi dinero. Aún pueden conseguirse unos miles de mercenarios.
—No podemos esperar tanto tiempo. Dargemon pretende de Orala que le revele cómo ella puede manejar cuanto existe dentro de la Morada. Una vez que lo consiga, tendrá un ejército invencible a sus órdenes. No sé de cuántas armas disponen sus acólitos, pero me temo que sean demasiadas, las suficientes para imponer el terror y que todos los reinos vecinos se rindan sin condiciones.
Ícaro entró en la estancia. Fuera, en el pasillo, quedaron las mujeres, cuchicheando.
El viejo se volvió hacia su nieto.
—¿Qué sucede para que nos interrumpas; Ícaro?
—Estamos rodeados, abuelo. —Dijo, sencillamente, el niño.
Dole y Durgen saltaron de sus asientos y tomaron las armas que habían depositadas en una mesa.
Se acercaron a la ventana y Stirede corrió ligeramente la roída cortina. La calle estaba llena de jinetes de hombres a caballo.
—Infiernos, son los caballeros qué vimos en la llanura —masculló Durgen—. ¿Cómo han podido seguirnos y saber que estamos aquí?
—Las señales que llenan este barrio de que existe la peste no les ha detenido —añadió Dole.
—Todas las calles están llenas de hombres armados —informó Ícaro.
Dole descubrió un solo acólito, que al parecer estaba al mando de la tropa.
—Nunca vi a tantos caballeros reunidos —dijo Dole—. Dargemon ha conseguido formar el ejército que a mí me hubiese gustado, mandar. Con esa cantidad de armas seríamos capaces de…
Dole calló y Durgen le miró intrigado.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó.

—Quédate aquí. Voy a salir. Si no logro retenerlos mucho tiempo, escapa.

—Explícame lo que quieres hacer.

—Lo verás desde aquí.

Dole salió de la estancia, pasó delante de las mujeres y cruzó el patio. Abrió las pesadas puertas y se enfrentó al grupo de jinetes apostados delante de la entrada.

En una mano llevaba la pistola y en la otra la espada. Su presencia levantó un murmullo entre los caballeros, pero ninguno de ellos hizo un gesto agresivo. Sólo el acólito se movió inquieto, sorprendido ante aquel gesto.

Inesperadamente, Dole alzó su brazo y apuntó con la pistola al acólito, diciendo:

Al primer movimiento que hagáis, fulmino a vuestro jefe.

—No conseguirás escapar, Dole de Taran —dijo rabioso el acólito.

—Ésa no es mi intención. Sé que estoy en vuestras manos, caballeros. Si aún recordáis el Código, me escucharéis. Luego podéis hacer lo que vuestra conciencia os dicte; pero antes mataré a quien os ha mandado hasta aquí.

—No le escuchéis y disparadle —dijo el acólito, muy pálido.

—Que hable —dijo un caballero de avanzada edad—. Yo le conozco, como conocí a su padre, el señor de Taran. Dole tiene derecho a hablar.

—No tiene ningún derecho aquel que ha ofendido a nuestro señor Dargemon, a quien habéis jurado obediencia —estalló el oficial.

—Habla, Dole —dijo el viejo caballero—. Soy Sigur y tengo que reconocer avergonzado que hemos prestado juramento de obediencia a Dargemon. Pero aún tenemos el Código, que te permite defenderte.

—Yo también me avergüenzo de vosotros, caballeros. Habéis ido a venderos al traidor Dargemon y vuestra actitud me produce rubor.

—Los tiempos cambiaron, Dole —se disculpó Sigur, enrojeciendo—. Tú también habías llegado a Ciudad Dorada. ¿Para qué?

—Para destronar a Dargemon y matarle. Pero lo que me irrita es

que os creéis en posesión del Poder y eso no es cierto. Dargemon no es intérprete de ningún dios. Ha robado un bien que los seres de las estrellas enviaron para todos nosotros, no para el uso exclusivo de ese rufián, antiguo servidor de la Suprema Pareja.

—¡Está blasfemando! —gritó el acólito.

Irritado, Dole disparó contra él. Cuando la nube roja se hubo disipado no quedaba nada del acólito ni del caballo. Entre las filas de caballeros se produjo un movimiento y las armas salieron a relucir.

Dole bajó su arma y dijo tranquilamente:

—No tengo nada contra vosotros, muchos de los cuales habéis sido compañeros de mi padre. Habéis visto cómo el Poder de mi arma es superior al vuestro. Vosotros sólo hubierais conseguido adormecer a hombre y caballo después de un espectacular estallido de luz. Pero mi arma mata, como también podrán matar las vuestras si me obedecéis.

—¿Por qué hemos de obedecerte? —Gritó un caballero—. Nuestro deber es entregarte a Dargemon.

—Estoy seguro que podéis hacerlo. Y no dispararé contra ninguno de vosotros. Permitiré que me llevéis ante Dargemon y que él me asesine. Pero vuestro honor de caballeros quedará manchado para siempre y los caballeros se llenarán de fango para siempre, hasta que terminen desapareciendo de la faz de este mundo.

—Habla, Dole —le apremió Sigur conteniendo el avance de varios caballeros.

—Vuestro juramento de fidelidad a Dargemon no vale nada. Habéis prometido servir a un profeta de un supuesto dios, no al hombre. Como es mentira lo que Dargemon afirma, vuestro juramento queda roto.

—Eso deberás demostrarlo —le conminó el mismo caballero que gritara antes.

—Puedo hacerlo.

—¿Cómo? —inquirió Sigur.

Dole mostró dos dedos.

—Quiero dos días. Si después de este plazo no accedéis a obedecerme voluntariamente, me convertiré en vuestro prisionero.

—Imaginemos que nos convences. ¿Qué quieres de nosotros?

—Formar un ejército y atacar Ciudad Dorada.

Las protestas estallaron entre las filas de jinetes. Cuando Sigur consiguió que se callaran, dijo a Dole:

—Eso es una locura. Nosotros sólo somos unos cientos y los acólitos de Dargemon son miles. Soy consciente que Dargemon nos quiere porque aún queda prestigio de los caballeros en este mundo, pero no somos locos. Nos estrellaríamos contra la muralla, y desde arriba nos irían matando a todos.

—No será así. Os lo prometo.

—¿No? ¿Qué puedes hacer tú para poder vencer a Dargemon?

Dole apretó de nuevo el gatillo. El vivido trazo de luz eclosionó en un semiderruido muro. Al instante, un gran boquete apareció entre las piedras.

—Las murallas pueden caer.

—Sé que nuestras pistolas sólo aturden y no poseen tanto Poder como la tuya. Pero una sola arma no será suficiente para vencer.

—Existe otra en igual condición que la mía.

—Aun así…

—Y también confío en dotaros del mismo Poder.

—¿En dos días?

—O tal vez menos.

Los caballeros se fueron agrupando en denso grupo. De las calles laterales seguían acudiendo más. Dole pensó que si las cosas marchaban mal, al menos podía escapar Durgen al quedar roto el cerco. Se volvió y lo descubrió al otro lado de la ventana, al lado de Stirede. El muy estúpido no había pensado siquiera en huir. Pero sonrió para su interior vivamente complacido por la fidelidad de su amigo.

Sigur señaló al caballero que había mostrado más hostilidad contra Dole:

—Es Mario quien parece estar disconforme, señor de Taran. Propongo que los que estén de acuerdo con él alcen sus espadas.

Unos veinte jinetes levantaron sus aceros. Sigur sonrió. Apenas significaban el diez por ciento. Luego, cuando indicó que estuviesen de acuerdo con otorgarle dos días de confianza a Dole, se manifestaron.

El resto de los caballeros agitaron jubilosos sus armas. Incluso algunos que se habían unido a Mario cambiaron de opinión.

—De acuerdo —rezongó Mario—. Pero si Dole de Taran no

puede aportar pruebas a sus palabras, yo seré quien le atraviese con mi espada. —Miró recelosamente a Dole—. Supongo que estarás dispuesto a un noble duelo conmigo, sin utilizar tu pistola, a espadas y dagas.

—Lo juro por Taron y Diala.

—Entonces debemos partir en seguida —dijo Sigur—. Además de nosotros hay otras patrullas, compuestas exclusivamente por acólitos, que te persiguen.

—Un momento —pidió Dole—. Además de mi compañero el caballero Durgen de Iusis, nos acompañarán algunas personas más.

—¿Quiénes?

En aquel momento, Durgen y Stirede, que llevaba a Ícaro de la mano, aparecieron detrás de Dole.

—Stirede, rey de Haramal y su nieto el príncipe Ícaro.

Sigur hizo una leve reverencia y dijo:

—Señor, con la ayuda de la Suprema Pareja os ayudaremos a recobrar vuestro trono.

Parecía que Sigur era uno de los pocos caballeros que habían reconocido a Stirede. Lentamente, los demás fueron mostrando su júbilo ante la presencia del antiguo rey de Haramal, que la mayoría suponía muerto desde hacía tiempo.

Las espadas chocaron contra los escudos de acero y el griterío fue creciendo hasta convertirse en un aullido que exigía una victoria contundente contra Dargemon.

Media docena de caballeros asintieron muy serios a la manifestación de alegría. Quien más tenía fruncido su ceño era Mario.

CAPÍTULO VII

Dole había trazado el camino y el pequeño ejército se dirigía hacia aquel punto, siempre rehuyendo los caminos que Sigur manifestó que podían ser frecuentados por las patrullas de Dargemon.

El viejo caballero cabalgaba al lado de Dole, y ambos delante del depuesto rey Stirede y su nieto. Todos ellos lo hacían en medio de la columna, como medida de precaución por sí algún ojeador de Dargemon aparecía.

—Yo sabía desde hace tiempo que Stirede vivía y estaba refugiado en la vieja ciudad —dijo Sigur—. Cometí el error de comentarlo en una ocasión con Mario, que fue quien se lo contó al acólito que nos mandaba. Mario quiere ser el jefe de los caballeros, pero siempre a las órdenes de Dargemon. Es ambicioso. Confía en que cuando Dargemon conquiste algunos reinos vecinos lo nombre virrey de uno.

—Tal vez no sea un caballero auténtico —sugirió Dole.

—Es posible. Sé de algunos caballeros que tuvieron que vender sus armaduras y armas para poder subsistir o, simplemente, fueron atacados y despojados de sus tributos. Desde hace tiempo todo anda muy revuelto, señor de Taran.

—No confiaré en Mario.

El rostro de Sigur se ensombreció.

—Si cuando: lleguemos al lugar, que dices hay una máquina capaz de navegar por el espacio y no está, Mario te matará. Quiere hacer méritos ante Dargemon.

—Siento mucho equivocarme por ti, Sigur —dijo Dole—. Si fracaso tú caerás en desgracia. Pero tal vez sus amigos te ayuden. Parecen tenerte mucho respeto la mayor parte de los caballeros.

—Pero existe un pacto, el que tú has hecho con Mario. Nadie impedirá el duelo si no convences a la mayoría.

Dole aspiró el aire profundamente. Se lo estaba jugando todo en

una sola apuesta, basándose en lo que le había asegurado Orala. Si la nave del espacio no estaba donde ella le había asegurado… Todo terminaría pronto. Aunque consiguiese vencer a Mario, otro caballero ocuparía su lugar. Y luego otro, hasta que él fuese vencido.

El lago estaba a treinta kilómetros de Ciudad Dorada, pero en un paraje poco frecuentado por los viajeros y caravanas. Orala no le había dicho el tiempo que emplearía la nave espacial en descender desde su órbita planetaria. Pero ya habían transcurrido tres días desde que ella se lo había asegurado.

En pocas horas llegarían al lago y pronto saldría de dudas.

—Las antiguas leyendas parecen cumplirse —dijo Sigur—. Hablaban del regreso de nuestros parientes de las estrellas. Tal vez haya llegado ya este momento. Dole, me he estado preguntando si lo que haces es por devolver el trono a Stirede y que Haramal sea de nuevo una tierra de paz o es por la muchacha, por salvarla de las garras de Dargemon.

—Soy sincero, Sigur —replicó Dole mirando al frente, rehuyendo la mirada profunda del viejo guerrero—. Antes estaba dispuesto a dejarme matar si al mismo tiempo libraba este país de Dargemon, como prometí a Stirede. Pero ahora lo hago por Orala.

Sigur suspiró.

—Debe ser una mujer magnífica.

—Lo es. Y mi temor es que yo no esté a su altura. Somos un pueblo salvaje ante sus ojos. Si ella aún vive, ¿qué pensará de mí cuando esta aventura termine?

—Os habéis amado…

—Aparentemente su mentalidad es igual a la nuestra, pero puede ser debido a las circunstancias. Ella tenía necesidad de mi colaboración y sólo tenía una forma de pagarme entonces. Recapacito en lo que ha pasado y me temo que ella sólo actuó con un fin premeditado: culminar Satisfactoriamente la misión que la ha traído a este planeta.

—Ya juzgas duramente. No debes atormentarte ahora con tales pensamientos. Puedes estar equivocado.

—Ojalá…

Un jinete de los que marchaban en avanzada acudió a ellos velozmente. Tirando del bocado de su caballo, y, jadeante, dijo:

—Me envían para que te diga que el lago está detrás de esos montes, señor de Taran.

Dole Se envaró. Encontró dificultades en respirar. Ansiosamente, preguntó:

—¿Habéis visto algo?

El jinete dibujó una leve sonrisa.

—Una extraña casa de acero está posada junto a la ribera. Brilla al sol como si fuera de plata y las hierbas a su alrededor están chamuscadas. Mis compañeros vigilan desde lejos, prudentemente.

—Gracias, Taron y Diala —musitó Dole. En seguida, alzándose sobre su silla de montar, gritó—: ¡Al galope, hacia el lago!

Durgen lanzó un grito de júbilo y espoleó su caballo. Dole tuvo oportunidad de ver el semblante huraño de Mario antes de picar espuelas.

* * *

Dargemon le había dicho:

—Hablarás; estoy seguro.

Ella se había preparado para lo peor. Por su mente pasaron toda clase de tormentos dolorosos que los pueblos primitivos suelen aplicar a los prisioneros que desean que hablen.

Orala tenía aún un as escondido en la manga. Antes que la sometiesen a cualquier suplicio podía entrar en trance y no sentir nada. Podían despedazarla, pero ella no hablaría.

Lo último que haría sería decirle a Dargemon cómo sacar el máximo provecho a la Unidad de Aproximación, aquel ingenio enviado por el Centro para preparar la siguiente llegada de las Unidades de Exploración, con sus equipos humanos, psicólogos, médicos e ingenieros.

—Si me matas otros vengarán mi muerte —le había dicho Orala.

—Oh, no, pequeña. Sé que hablarás —sonrió Dargemon—. Yo hoy el único hombre en este planeta que ha escuchado el mensaje del dios Zdict a velocidad normal, por lo tanto, sé que si su misión fracasa, el Orden Estelar cancelará su proyecto de abrir este mundo.

—Eres demasiado inteligente…

—Gracias. Siempre me gustó hurgar en los viejos libros. Mis superiores me castigaban por ello o se burlaban de mis noches de vigilia, a la luz de los candelabros, leyendo los antiguos legajos que

nadie se atrevía a estudiar. Por eso no me asusté cuando la nave llegó guiada automáticamente. Era mi oportunidad para vengarme de los altos sacerdotes que me despreciaban y del rey Stirede que nunca quiso recibirme en audiencia porque le dijeron que yo estaba medio loco.

Orala permaneció en silencio. Había comprendido que Dargemon estaba ansioso por contar a alguien lo que él suponía una gran proeza.

—La imagen del que yo dije al ignorante pueblo que era el nuevo dios Zdict me habló con lenguaje sencillo, explicándome lo que era aquella máquina y el empleo que debíamos darle en provecho de todos. Como tú sabes mejor que yo, es un depósito casi inagotable de energía. En tu planeta debieron suponer, y bien, que este planeta cayó en la barbarie cuando dejaron de llegarnos los suministros energéticos, de los que se carece en su totalidad. Sus jefes, preciosa, se equivocaron cuando dedujeron que aún conservábamos las fuentes de energía con las que hace muchísimos años nuestras ciudades se alumbraban en la noche y las máquinas podían moverse para proporcionarnos una vida fácil.

—En el Centro los datos eran escasos referentes a este planeta…

—Mejor. Yo no deseo que los seres de las estrellas vengan aquí. Es lógico, ¿no? Estoy a punto de adueñarme de todas las tierras habitadas, ser el amo absoluto. Si tus amigos se decidieran a descender, yo no sería nadie. ¿Comprendes?

—Muy bien, pero te equivocas. Mis amigos llegarán.

—No seas tonta. ¿Es que no te he dicho que escuché el mensaje de Zdict antes de acelerar la velocidad de sus palabras? A mí sólo me interesaba la imagen espectral que proyecta para asustar a los ignorantes. Así puedo ordenar al pueblo lo que me da la gana, diciendo que yo interpreto los deseos del dios Zdict.

—Muchos no creen en ese dios que has inventado.

—Pero son muy pocos. Incluso la inmensa mayoría de los caballeros que aún subsisten en Haramal están a mis órdenes. Pocos hay ya, como los dos imbéciles que te ayudaron, que se resistan al atractivo de recobrar el Poder de sus antecesores, o que incluso ellos, por su edad, poseyeron hace años.

—Algún día se darán cuenta del engaño.

—De eso me ocuparé que no suceda. Siempre, desde que esta

sociedad cayó en la barbarie e ignorancia, desearon tener seres supremos a los que adorar. Por eso idealizaron a Taron y Diala, unos simples jefes de policía que en vida instituyeron un grupo armado para mantener el orden. El tiempo tergiversa los orígenes. ¿Qué más les da tener un dios que otro? La plebe desea tener algo o alguien en quien confiar, siempre que sea más poderoso que ella.

Orala, en su soledad, tuvo que reconocer que Dargemon era un buen conocedor de la gente y sabía cómo conducirla.

La comida que le llevaban era abundante y bien cocinada, siempre acompañada con abundante vino de excelente calidad. Después de una cena, un irresistible cansancio la condujo a un profundo sueño.

Despertó al alba sintiendo un terrible dolor de cabeza, como si la noche antes hubiera sido partícipe en una orgía. La mente estaba en blanco. Se sentó sobre el camastro y cogió la jarra de agua. Bebió ávidamente, aplacando el ardor de garganta.

Aún tenía la visión distorsionada cuando se sintió capaz de levantarse y asomarse a la enrejada ventana que daba al jardín.

La luz del sol la obligó a retirarse al fondo de la celda.

Lentamente se fue recuperando, ordenando sus ideas, para llegar a la conclusión que había sido drogada.

Apretó los puños llena de rabia y sentóse otra vez en la cama. Era muy posible que hubiesen conseguido que hablase. Los pueblos primitivos suelen disponer de curanderos que conocen las hierbas adecuadas para fabricar alguna especie de suero de la verdad.

Horas más tarde, después de comer ligeramente del desayuno que un silencioso guardián le llevó, Dargemon acudió a verla.

—Tienes mala cara, mujer de las estrellas —dijo con una amplia y divertida sonrisa, que Orala interpretó rebosante de triunfalismo.

—Dormí mal y me desperté peor, terriblemente cansada.

—Es lógico. Estuvimos mucho tiempo entretenidos contigo.

Orala le miró interrogadoramente.

—Sólo nos preocupaba conocer tus celosamente guardados secretos. Mis brujos trabajaron mucho para vencer los últimos rescoldos de tu resistencia, pero al fin, tu mente, agotada, puso en tu preciosa boca los informes que yo deseaba conocer.

—No creo lo que dices…

—Pues es cierto. Si opté por no ponerte en el potro de tortura

fue porque temí que tu mente estuviese acondicionada para no hablar. Así, decidí llamar a un brujo que fabrica una droga que domina la mente. Lamentablemente ha tardado dos días en venir desde su lejano cubil. El maldito tiempo, su paso inexorable, es lo que me ofusca. Quiero aprovechar hasta el mínimo segundo.

»¿Supones el tormento que ha supuesto para mí estos años? Siempre estudiando lo que contiene la Morada, pero con el temor constante de estropear algo, como ya lo hice al principio, cuando, desgraciadamente, borré un maravilloso banco de datos.

—Lo descubrí. Has hecho muchos destrozos.

—Pero lo principal, que es la fuente de energía, está intacta.

—Pero, nunca lograste averiguar cómo cargar las armas.

—Reconozco mi torpeza. Sólo lograba que recibieran una dosis mínima que la convertían en paralizantes. Y yo deseo que sean mortales. Y yo lo sé ahora, gracias a ti.

—Sigo sin creerte. Es posible que haya estado drogada, pero nada me asegura que te haya revelado los secretos que pretendías.

Dargemon la miró fijamente.

—Eres muy bella —dijo pausadamente—. Me habría gustado guardarte para mí. Pero tengo otros proyectos respecto a tu porvenir.

—Serás castigado por mis compañeros…

—¿Por esos dos desgraciados que escaparon? Bah, pronto mis hombres los apresarán. Y si te refieres a tus compañeros de las estrellas, ellos nunca vendrán aquí cuando tú seas sacrificada mañana ante los hombres más importantes de la ciudad.

—¿Sacrificada?

—También he venido a decirte esto, mujer. Desde la batalla en los jardines de la Morada, la gente murmura. Pone en dudas a Zdict y mi poder. La profanación que hicisteis debe culminar, con un ejemplar castigo. Por lo tanto, después de que haga una demostración ante mis oficiales y demás prohombres de la Ciudad Dorada, te mataré. Y pienso hacerlo usando contra ti una de las armas que cargaré con el Poder. Ya nadie osará dudar de mí.

Sonriendo, Dargemon se retiró. La pesada puerta de la celda se cerró tras él, dejando a Orala llena de desaliento, pensando firmemente que aquel tipo había dicho la verdad, que había logrado sacarle los secretos de la Morada.

Pensó en Dole. Cerró los ojos y deseó fervientemente que encontrase su nave, a la que había ordenado desde la Morada que descendiese.

* * *

Mario le había dicho:

—No me impresionas como a los demás, Dole. Reconozco que esta edificación de metal es sobrecogedora, pero nada has probado aún que puedas darnos el Poder para vencer a Dargemon. Si no sales de ella con las pruebas, yo te mataré y llevaré tu cabeza a Ciudad Dorada clavada en una pica.

Dole le miró con desprecio, le volvió la espalda y entró en la nave de Orala, cuya puerta se había abierto apenas él se acercó a la máquina.

Fuera quedaron los cientos de caballeros, impresionados y ansiosos.

El interior era algo parecido a la Morada, pero más pequeño. Los pasillos eran estrechos y las cabinas reducidas. El silencio era sobrecogedor, pero de pronto una voz tronó desde el fondo y Dole quedóse paralizado.

Pronto reconoció la voz de un hombre. Sigilosamente, Dole avanzó muy despacio y tentado de amartillar la pistola.

Entró en una estancia mayor que las demás, llena de aparatos brillantes y objetos incomprensibles para Dole.

Vio al hombre que emitía la voz. Era un busto encerrado en un cubo luminiscente. Sus ropas, las que veía, se asemejaban a las del dios Zdict. Pareció descubrirle. Miró a Dole. Después de un silencio, el hombre dijo:

—¿Quién eres? Tu entrada en la nave ha puesto automáticamente en funcionamiento la comunicación. Indudablemente, eres un nativo…

—Soy Dole de Taran y la mujer llamada Orala me dijo que viniese.

—¡Orala! ¿Dónde está? ¿Vive? —Los ojos del hombre parecieron iluminarse de gozo.

Aún con receló, Dole avanzó unos pasos. El hombre le sonrió tranquilizador.

—No temas nada. Seguramente lo que ves puede parecerte como

algo sobrenatural, pero no hay nada de divino. Soy un hombre como tú que te habla desde un aparato semejante. Yo te estoy viendo encerrado en un cubo transmisor.

—No tengo miedo. Soy un caballero, juramentado con la Suprema Pareja. Y tengo el Poder —blandió delante del cubo su pistola, orgulloso.

—Un arma primitiva, pero que aún funciona. Dole, será mejor que te pongas cómodo. Me temo que tenemos mucho que hablar. ¿Por qué ha estado Orala tanto tiempo sin comunicarse con nosotros?

—Sufrió un accidente. Yo la salvé y ha estado conmigo muchos días, hasta que cayó prisionera de Dargemon.

—No entiendo nada. Sé que su nave, donde estás tú ahora, ha descendido automáticamente. ¿Lo hizo Orala?

—Sí, creo que sí. Usó la Morada de Zdict para hacerlo. Ahora necesito el poder que hay aquí para convertir en poderosos a los hombres que me esperan fuera.

—Son gente armada. Los he visto. Hay visores que enfocan al exterior. Deduzco, Dole, que tú no sabes usar el suministro de energía de esta nave, ¿no?

Dole negó con la cabeza.

—Estoy imposibilitado para darte lo que me pides. Queremos la paz de tu mundo, no que estalle una guerra sangrienta. Odiamos los dictadores, los que desean dominar a sus semejantes.

—¡No es para mí! Orala está prisionera, sufriendo en manos de Dargemon y yo preciso del Poder para terminar de convencer a esos estúpidos que están afuera.

—¿Convencerlos? ¿Dándoles un mortal poder en sus armas?

—Tenernos que conquistar la Ciudad Dorada, o ella morirá.

El hombre del cubo suspiró, adoptó una postura de paciente espera y dijo:

—Tómatelo con calma, Dole. Es preciso que me lo cuentes todo desde el principio.

Y Dole comenzó una vez más a relatarlo todo desde el momento que se encontró con los tres ladrones en el bosque.

* * *

—Mis compañeros y yo te hemos escuchado con atención, Dole

—dijo el hombre del cubo.

Dole trató de mirar por encima del hombro de la imagen.

—Te veo solo…

—Están en comunicación conmigo. Ellos están muy lejos también. Yo comando una Unidad Exploradora Próxima a tu planeta. Me enviaron para saber si Orala vivía.

—Necesito ayuda…

—En estos momentos está deliberando el Centro Coordinador.

—No podemos perder tiempo. Ya llevo aquí mucho y…

—Paciencia. No estamos dispuestos a dejar a nuestra compañera abandonada. Pero tenemos que planificar las cosas para no infringir las leyes. Estamos en un límite delicado, tanto que casi es aconsejable dejar para siempre su mundo sumido en sus propios problemas.

—Parece que os obliga un Código como a nosotros, los caballeros.

—Sí, algo parecido —el hombre calló y frunció el ceño—. Alguien parece haber entrado en la nave.

Dole se levantó y se volvió. Mario entraba en la sala. Llevaba la espada desenfundada. Apenas descubrió al señor de Taran, exclamó:

—Maldito embustero. No te atreves a salir de aquí por temor a enfrentarte conmigo. ¿Dónde están las pruebas?

Irritado, Dole replicó:

—¡Sal de aquí, perro! Estoy en comunicación con los hombres de las estrellas y ellos me darán la solución.

Mario soltó una carcajada burlona.

—Nunca he visto medio hombre —dijo Mario—. Los dioses poseen cuerpos enteros. ¡Ése es un demonio, enemigo de Zdict y debo matarle!

Alzó la espada sobre su cabeza, dispuesto a asestar un tremendo golpe contra el cubo, desde donde el hombre observaba la escena imperturbable.

Dole aulló y empujó a Mario, que tropezó y cayó al suelo.

—Maldito traidor —escupió Mario, levantándose furioso.

Apenas tuyo tiempo Dole de parar el golpe de Mario, desviando la espada con la suya que había desenfundado velozmente.

Dole gritó a Mario que desistiese de la lucha y saliese. Pero su contrincante se reía y le llamaba miedoso. Lanzando llamas por los

ojos, Dole contraatacó.

La sala no era el lugar más adecuado para un duelo y ambos contendientes se movían con dificultad. Dole luchaba poseído por la rabia, por el tiempo de pérdida que suponía y, también, temiendo que el hombre que le hablaba desde el cubo desaprobase aquella lucha.

Lanzó tremendos golpes contra Mario, intentando desarmarle. Pero su enemigo era un consumado luchador, muy fuerte. Tenía la espada férreamente asida y amagaba con peligro.

Dole paró un golpe, pero el siguiente rozó su cota de malla, sacando chispas del acero. El siguiente logró esquivarlo saltando a un lado. Mario había puesto demasiada fuerza en él, y al no hallar su acero el blanco que esperaba, pasó ante Dole, casi perdiendo el equilibrio.

El señor de Taran giró su espada y golpeó a Mario con el plano del acero. Desde el suelo, gritando de dolor, su oponente sacó un puñal y echó la mano hacia atrás para lanzarlo contra Dole.

Dole, con los ojos nublados y rabioso, emitió un grito al tiempo que movía relampagueante su espada.

Mario se derrumbó pesadamente, con la cabeza casi separada del tronco.

Dole se volvió muy lento, jadeante, hacia el cubo. Se encontró con la mirada llena de reproche del hombre.

—Un lamentable espectáculo, Dole.

—¡Por Taron! Fui atacado y…

—Lo he visto, y también lo han visto mis superiores. Pero la sangre es una visión desagradable. Ese hombre estuvo intentando, en el exterior, enfrentarte contra todos. No le hicieron caso cuando decidió entrar, pero están nerviosos. Sal y diles que contáis con la ayuda de los hombres de las estrellas.

La mirada de Dole brilló esperanzada.

—¿Nos darás el Poder?

—Regresa y te explicaré lo que haremos. Mi Unidad se aproxima velozmente a tu mundo. Confío que aún llegaremos a tiempo para salvar a Orala. El Centro ha accedido a intervenir, pero el plazo se termina.

—¿Qué plazo?

—Orala accionó el transmisor de lo que llamáis la Morada.

Sabemos lo que está ocurriendo allí ahora, por lo tanto. Ella está viva. Acaban de hacerla entrar en la sala principal. Pero lo que están observando mis ayudantes no es para alegrarnos.

—¿Qué pasa en la Morada?

—Según parece, se está preparando un sacrificio.

Dole terminó de arrancar la cabeza del cuerpo de Mario, cogiéndola por los cabellos. Salió al exterior, a calmar a los caballeros. Sintió un áspero nudo en la garganta.

Las palabras del hombre resonaban en su mente. ¡Un sacrificio! Y, sin lugar a duda, Orala era la víctima.

CAPÍTULO VIII

Como un viento huracanado, la noticia se extendió hasta el último rincón de la ciudad.

Si los centinelas habían gritado inicialmente que se trataba de un pequeño ejército, y concretamente formado por los caballeros obedientes a las órdenes de Dargemon, cuando la nueva llegó a la segunda muralla y luego a la Morada, los cientos de jinetes eran ya miles y no sólo eran caballeros perjuros, sino gentes de todas las aldeas e incluso de los reinos vecinos.

Nunca Ciudad Dorada había visto algo semejante. Aunque sus muros fueron levantados para defenderla de un futuro ataque, éste nunca se produjo. En Haramal se temía demasiado al poderío de Dargemon y los reinos vecinos tenían sobrados problemas internos para lanzarse a una aventura guerrera.

De lo qué no había lugar a duda era que los guerreros se habían apostado a unos centenares de metros en actitud hostil.

Las pesadas puertas fueron cerradas y los oficiales enviaron a sus compañías a las murallas. Se aprestaron las ballestas, lanzas y las armas de Mego. Aunque su posición era ventajosa respecto a los atacantes, un palpable nerviosismo se había apoderado de los acólitos.

La población civil corría nerviosa por las callejuelas, sin saber qué actitud tomar. Los pobres los observaban todo indiferentes, sabiendo que no tenían nada que perder excepto la vida, pero al saber qué se trataba de caballeros, los imprevistos enemigos de Dargemon, se tranquilizaron más incluso.

Los ricos, corrieron a ocultar sus riquezas e implorar de la guardia de la segunda muralla que se les permitiera refugiarse cerca de la Morada, para que el dios Zdict les protegiese. Los abundantes ladrones, proxenetas y bribones que pululaban por los barrios más sórdidos se reunieron para deliberar en grupos lo que debían hacer.

Con Dargemon o con los caballeros ellos podían seguir robando, matando en la oscuridad y continuar explotando a las mujeres.

Los que intentaban penetrar en la segunda muralla fueron rechazados por acólitos nerviosos. En el interior había ya demasiada gente, los seleccionados invitados de Dargemon a presenciar la ceremonia anunciada la tarde anterior por docenas de pregoneros en la ciudad.

El acólito que anunció la noticia a su señor aún permanecía arrodillado ante él, ocultando su nerviosismo, temiendo a cada instante que la furia de Dargemon cayese sobre su cabeza.

Pero Dargemon, al pie del bloque central de la sala principal de la Morada, ignoraba al portador de las malas nuevas. Cerca de él, un ayudante sostenía aún las armas que se acababa de cargar con el Poder. Aún quedaban muchas, pero el proceso era lento. Cada pistola precisaba de varios minutos para estar lista, según le había revelado Orala mediante el uso de las drogas.

Orala permanecía atada en una equis de madera bajo la imagen frontal de Zdict, quien imperturbable seguía moviendo los labios desincronizadamente con los sonidos ululantes que surgían del interior del bloque.

Frente a Dargemon, varias docenas de hombres nobles de la ciudad, fieles a él porque desde su ascensión al poder se habían enriquecido, le miraban asustados. Aunque sabían que fuera del jardín centenares de ciudadanos temerosos querían entrar, ellos deseaban fervientemente alejarse de la furia que se estaba incubando en el interior de su amo.

Lo que aquella mañana había comenzado como un día de fiesta, en el que iban a asistir a un acto de fe hacia Zdict, con sacrificio incluido de la mujer que había profanado días antes la Morada, se estaba convirtiendo en una jornada tétrica y podía acabar mal para todos.

Si algo les retenía allí en contra de su voluntad era el temor de atraer la ira de Dargemon.

El profeta de Zdict se revolvió hacia su grupo de oficiales, y tendiéndoles la bandeja que arrebató al criado con violencia, les dijo:

—Tomad el Poder de Zdict, el verdadero dios, y defended su ciudad de los infieles y perjuros que se atreven a perturbarle. ¡Que

nadie penetre dónde él no lo desea!

Un acólito se adelantó y tomó la primera pistola, sonriendo sordamente. Preguntó:

—Los achicharraremos, señor —titubeó un instante, mirando el arma con desconfianza—. Pero ellos están lejos, señor. ¿Es cierto que ahora nuestras armas poseen todo el viejo Poder?

—Debería matarte ante la presencia de Zdict por desconfiar de mí, perro. ¡Marchad a las murallas y acabad desde ella con esos caballeros traidores! Nunca debí confiar en su juramento. —Miró al portador de las noticias, preguntándole—: ¿Habéis visto entre ellos a Mario?

—Al menos no hemos descubierto su estandarte, señor —gimoteó el acólito—. Pero sí algunos hombres de la ciudad, con notable visión, afirman que entre los caballeros está un hombre que reconocen como a Stirede, el rey depuesto.

Dargemon palideció y apretó los labios. Siempre había sospechado que aquel viejo no había muerto, aunque sí su hijo. Entonces también debía vivir el nieto, Ícaro. Más que nunca se arrepintió en aquel momento por no haber prestado más atención a aniquilar la dinastía.

Se terminaron de repartir las armas y ordenó a todos los acólitos armados con las pistolas que corriesen a las murallas y volviesen pronto con la noticia que la insolente invasión había sido atajada. Sólo decidió que una docena de acólitos quedasen con él.

El griterío en la ciudad, sordo hasta entonces, se convirtió en un aullido, seguido de un tronar enorme.

En el jardín, los caballos de quienes tenían que ir a la muralla, relincharon llenos de pánico. Uno de los acólitos penetró de nuevo en la sala, con el semblante demudado. Postrándose de hinojos ante Dargemon, dijo:

—Señor, una fuerza desconocida ha derribado parte de la muralla, cerca de la entrada norte. Los caballeros, gritando vivas a Stirede, se lanzan por las calles, disparando sus armas e incendiándolo todo.

—Entonces hay que defender los muros que rodean la Morada, hasta que dispongamos de las armas suficientes —silabeó Dargemon.

Un noble se acercó temblando a Dargemon, solicitando en

nombre de sus compañeros permiso para salir.

—Nadie abandonará ahora la Morada —le replicó Dargemon—. Acólitos, quien lo intente será ejecutado.

Volviéndose hacia Orala, que había permanecido en silencio presenciando la turbulenta escena, con una media sonrisa dibujada en sus labios, le espetó:

—Diabólica mujer, presumo que tú tienes una buena parte de culpa de lo que sucede. Te dejé manipular demasiado tiempo entre los mandos de la Morada.

—Y lo hiciste confiando descubrir por ti mismo el secreto, ¿no? —La risa de la mujer hizo que el labio inferior de Dargemon temblase de ira difícilmente contenida—. Tienes razón, viejo buitre. Mis compañeros de las estrellas están ayudando a mis amigos de este planeta. Estás perdido, Dargemon. Evitarías el derramamiento de más sangre si te rindieses.

—Eso nunca. ¡Vamos, vosotros —dijo a los asustados acólitos—, seguid cargando las armas! Necesito que todo el mundo suba al muro y contenga a esos perros delante de la Morada, para escarmiento de todos.

—Es inútil que sigas con ese trabajo, Dargemon —le dijo Orala —. La maldición de Zdict caerá sobre todos vosotros si seguías desangrándole de Poder con tanta desmesura.

Los acólitos se detuvieron… El que estaba a punto de introducir otra pistola correctamente, casi estuvo a punto de dejarla caer.

—¿Qué mentiras dices ahora? —preguntó Dargemon.

—Lo que oyes, viejo estúpido. Estás haciendo trabajar con exceso el depósito de la energía. Todo está sobrecargado y estallará en unos instantes. Toda la Morada saltará por los aires.

Los invitados gritaron de miedo y retrocedieron, pero no se atrevieron a romper la muralla de acólitos que les cerraba la salida.

—Estás mintiendo.

—Me es igual. Voy a morir, pero vosotros, todos vosotros, me seguiréis al infierno en breve —sonrió Orala.

Después de un lacerante silencio, Dargemon dijo a la mujer:

—Puedo dejarte en libertad. ¡Lo prometo! —Pese a todo, su voz era un susurro y Orala supo que nadie, excepto ella, le había oído —. Sólo tienes que detener el proceso. Tú puedes hacerlo.

—Vaya, el poderoso señor me cree. Pero ¿cómo sé que cumplirás

tu palabra y me dejarás libre?

Dargemon jadeó.

—Por supuesto que has de confiar en mí. ¿Qué tienes que perder? Sólo deberás permanecer retenida un tiempo prudencial para que yo me asegure que no has usado otro de tus trucos.

—Y luego la libertad, ¿no? —Orala rió en pleno rostro de Dargemon—. Claro qué no puedo tener ninguna garantía, pero aprecio demasiado mi vida para desaprovechar esta oportunidad. De acuerdo, Dargemon, libérame y pararé el proceso. De todas formas este lugar se está llenando de radiaciones en exceso…

Y el griterío procedente de las calles cercanas al muro que rodeaba el recinto era cada vez mayor. Se escucharon estampidos y vividos fulgores penetraban hasta la sala procedentes del exterior.

Dargemon desató a Orala del aspa de madera, pero retuvo las cuerdas que aún prendían de sus muñecas. La muchacha sintió sobre sus riñones el contacto frío del cañón de una pistola.

—No me fío yo tampoco de ti —le dijo Dargemon—. Si intentas algo en tu provecho te fulminaré.

—Necesito tiempo.

—¡No lo hay! Equilibra las fuerzas que existen dentro del bloque cuanto antes. Necesito seguir cargando las armas.

Orala se acercó al otro lado del bloque. Se detuvo ante una consola, junto a los acólitos que habían dejado de insertar las pistolas, y que retrocedieron impresionados por los acontecimientos.

Sin perder su sonrisa, Orala manipuló en unos pequeños mandos. Luego se retiró de la consola. Miró a Dargemon y dijo:

—He evitado la explosión, pero para ello ha sido preciso que todo funcione correctamente. ¿Lo oyes? Todo funcionará ahora correctamente.

—¿Qué has hecho? —inquirió desconfiadamente Dargemon.

—Escucha.

La voz de Zdict era ahora audible, comprensible para todo el mundo.

«… No somos dioses, sino seres iguales a vosotros. Esta nave automática que os hemos enviado os repondrá la energía vital que durante tantos años habéis carecido. Debéis ser prudentes para utilizarla adecuadamente, escuchad las instrucciones para evitar

desperfectos…».

La imagen repetida cuatro veces de Zdict hablaba normalmente, infundiendo en el tono de su voz una impresionante confianza para quienes le escuchaban.

Ya no era el dios ominoso y terrorífico que lanzaba frases chillonas y que sólo su profeta Dargemon era capaz de interpretar.

Ahora, todo el mundo podía comprender al que suponían un dios y que afirmaba, a cada momento, que no era tal.

* * *

Durgen de Iusis se alzó sobre su silla de montar, oteando el horizonte en busca del anuncio previsto para atacar.

Estaba preocupado, más a cada instante que transcurría. A su lado estaba Sigur, y junto a éste, Stirede. Las filas de caballeros permanecían atrás, respirando entrecortadamente, con los nervios en tensión.

La salida de Dole de la nave llevando la cabeza chorreante de sangre de Mario había impresionado a los caballeros. Mario no había respetado el pacto, pero aún tenía Dole que terminar de convencerlos. El de Taran solicitó un nuevo plazo y se introdujo de nuevo en la nave, sin esperar consentimiento de los caballeros. Cuando más tarde apareció nuevamente, Dole expuso su plan, o, mejor dicho, el plan de los hombres de las estrellas.

Habían marchado durante horas lo más rápidamente que pudieron, para recuperar el tiempo perdido y estar ante las murallas de la Ciudad Dorada con las primeras luces del alba.

Los treinta kilómetros que había desde el lago hasta Zdictere, supusieron un nuevo agotamiento a las tropas.

Durgen notó el creciente nerviosismo entre los hombres. Cientos de pares de ojos se alzaban al cielo, esperando la señal al igual que él. Para el señor de Iusis era difícil de creer que Dole pudiera cumplir lo que había prometido.

Se quedó junto al lago, al pie de la brillante nave, viéndoles marchar hacia la ciudad. Dole había dicho que él llegaría y que aquel momento sería el de atacar.

Durgen se mordió los labios. El entusiasmo que cundió entre los caballeros ante la presencia de la nave en la ribera del lago, tal como había predicho Dole, posiblemente les impidió pensar que

ellos sólo habían recibido instrucciones, mientras que sus armas seguían tan descargadas como antes, únicamente con energía suficiente para producir espectaculares llamaradas que sólo paralizaban a sus contrincantes a escasa distancia.

De pronto un objeto brillante resplandeció a los nacientes rayos de la estrella y, majestuosamente, acercándose muy despacio, como si flotase con igual ligereza que una pluma, la nave pendió sobre la vertical de las murallas situadas al norte de la ciudad, sobre cuyas atalayas iban apareciendo acólitos de Dargemon por centenares.

Durgen alzó su espada, reclamando la atención de los hombres puestos bajo su mando por orden expresa de Dole. Los aceros relucieron y las pistolas fueron empuñadas firmemente.

Ahora sólo esperar el siguiente paso.

De la nave que flotaba a unos doscientos metros de la muralla surgió un rayo blanco que penetró en las rocas. Al instante se produjo una tremenda explosión y surgió una densa nube roja, que el viento comenzó a dispersar.

Durgen gritó y bajó la espada. Las filas de guerreros lanzaron sus caballos al galope, y gritando, lanzando burras y consignas de victoria, atacaron.

Donde se había producido la explosión, la muralla había desaparecido, junto con los defensores que sobre ella había.

La columna de jinetes penetró por la abertura, de más de veinte metros de ancha. Las herraduras pisaron sobre escoria negra que levantaron en nubes tras su paso.

Los acólitos huían asustados ante su paso. Nada les detenía en su avance por las calles desiertas. Penetraron en la principal arteria que terminaba ante la entrada principal de la segunda muralla.

A mitad del camino, unos pelotones de acólitos les salieron al paso. Pocos iban a caballo, y sólo éstos disponían de pistolas, que hicieron funcionar a discreción.

Durgen se mordió los labios. Los acólitos disparaban descargas mortales. Algunos de sus compañeros desaparecieron en medio de las mortales nubes rojas, pero él gritó alentando a los demás. Usó su arma y conjuró el peligro deshaciendo el pelotón de jinetes.

Los acólitos a pie no representaron un serio peligro. Sólo disponían de ballestas que disparaban atropelladamente. Las flechas se detenían, mal dirigidas, contra las cotas de malla de los

caballeros, que siguiendo su avance daban buena cuenta de los acólitos que se les oponían, bien con sus aceros o dejándolos fuera de combate mediante descargas paralizantes.

Durgen tiró de las bridas de su montura. El animal relinchó protestando y sus cascos resbalaron unos metros por el grasiento pavimento.

La entrada a la Morada estaba delante de ellos.

Recordó las palabras de Dole antes que ellos partieran del lago:

—Los seres de las estrellas nos ayudarán. Me prometieron que llegarán pronto y me conducirán a la Ciudad, donde, con su ayuda, venceremos a Dargemon. Yo estaré con vosotros en el momento oportuno, cuando hayamos conseguido romper las murallas exteriores. Ellos pueden vencer por sí solos a Dargemon, pero sus extrañas leyes les obligan a combatir al lado de los nativos de estas tierras que quieren liberar. Por eso es posible que muchos de nosotros encontremos la muerte en el combate.

¿Dónde estaba Dole? Su presencia era importante. Habían tenido bastantes bajas. Los acólitos aparecían por todas partes, luchando con desesperación porque sabían que el odio en el pueblo por ellos, silencioso durante tantos años, era mucho. Si eran vencidos difícilmente podrían encontrar el perdón que les liberase de la ejecución.

Era una lucha por la supervivencia, y en tales condiciones los hombres luchan ferozmente.

Las filas de caballeros eran rotas a distintas alturas de la avenida, en donde parecía haberse concentrado la lucha más encarnizada. El viejo Stirede combatía al lado de Sigur y varios más. Se estaba portando bien el rey de Haramal, pero aún su trono estaba lejos.

Una sombra densa les cubrió. Elevó la mirada, viendo Durgen que la nave se había puesto de nuevo en marcha, penetrando en la ciudad. Otra vez se detuvo en el aire, pero descendió un poco más. Una compuerta circular se abrió en su vientre y de ella surgió un haz de tenue luz blanca qué parecía vibrar.

Al tocar en el suelo levantó una cortina de humo. La explosión que había esperado Durgen no se produjo. Atónito, presenció como del interior de la nave surgían figuras humanas totalmente cubiertas de metal refulgente, de unas armaduras que nunca hasta entonces

había visto.

Pero uno de los hombres sí lo reconoció. Los arreos de lucha de Dole eran demasiado conocidos por él. Dole fue el primero en descender por el haz lumínico hasta el suelo, en donde fue depositado por la extraña fuerza suavemente.

El caballero de Taran le descubrió y corrió hacia él, riendo y blandiendo su espada y pistola. No llevaba escudo alguno con su insignia acostumbrada.

—Celebro verte, Dole —dijo Durgen—. Las cosas no van demasiado bien.

—Tenemos que damos prisa, amigo. Orala corre peligro.

—Pues está al otro lado —señaló el muro tras el cual estaba la Morada—. Y si tus amigos no usan el mismo sortilegio que para destrozar la muralla…

Dole asió por las bridas un caballo sin jinete y montó en él. Señaló a Durgen el grupo de hombres que a continuación de él habían descendido de la nave que flotaba. Se dirigieron hacia los muros que protegían la Morada. Varios acólitos surgieron sobre sus alturas y dispararon sus armas mortales contra los huevos atacantes.

Los seres siguieron avanzando, imperturbables ante las explosiones rojas que se producían delante de ellos.

—¿Qué les pasa ahora a los sicarios de Dargemon, que no poseen buen poder? —exclamó Durgen.

—Por Taron que sí son mortales sus disparos, pero a los hombres de las estrellas no les afecta, por sus armaduras según me dijeron. Vamos, amigo. Ellos, otra vez, nos abrirán paso. ¡Pero somos nosotros los que debemos destruir a Dargemon!

Ellos ya estaban disparando contra la cerrada entrada del muro. Las pesadas puertas se desplomaron en medio de un estrépito. Los hombres de las estrellas indicaron a Dole que tenían el camino expedito. Al pasar ante ellos, uno le gritó:

—No permanezcáis mucho tiempo dentro: El nivel de radiación comienza a ser peligroso.

Dole penetró en el jardín, seguido por Durgen y varios compañeros más. Densas nubes danzaban alrededor de los árboles. Los acólitos corrían alocadamente. La invulnerabilidad de los hombres que habían destrozado la última defensa fue la gota que llenó el vaso del pánico.

A varios metros de la Morada, Dole saltó del caballo y corrió por el sendero de piedra. Eludió varios cuerpos ensangrentados. Casi todos eran civiles, aunque sus ricos ropajes indicaban que eran nobles adictos a Dargemon.

Del interior de la Morada salía humo y un desagradable olor a carne quemada. Dole detuvo el ataque de dos desesperados acólitos. Uno lo liquidó de un tajo frontal y el segundo quedóse atrás suyo, luchando con Durgen.

Varios nobles se arrastraban por el suelo, chillando de dolor, cubiertos de sangre y pidiendo clemencia a los siervos de Dargemon que corrían tras ellos acuchillándolos.

Dole destrozó furiosamente a los acólitos, abriéndose paso entre ellos. Durgen y los demás caballeros acabaron su trabajo.

Penetró en la sala.

Allí había un montón de cadáveres. Sus ojos se fijaron en las aspas de madera, de la que colgaban restos de ligaduras. Buscó ansiosamente a Orala, temiendo haber llegado tarde.

Una sombra surgió de entre el humo que salía de detrás del bloque. Dole levantó su arma. No quería disparar en el interior de la Morada como no fuese en el último extremo. Sus nuevos amigos le habían advertido del peligro de hacerlo en un lugar donde sus fuerzas interiores habían sido torpemente manipuladas, elevando a nivel peligroso el índice de radiactividad.

Un tambaleante Dargemon deambuló entre los cuerpos que llenaban el suelo. Su mano izquierda se aferraba al terrible muñón que había sido su brazo derecho.

La palidez del amo de Haramal era cadavérica. Cayó de rodillas y siguió mirando hacia el otro lado del bloque. De allí, muy despacio, salió Orala. Empuñaba una espada tinta en sangre y tenía sus ojos fijos en Dargemon, en su tremenda herida.

Dole parpadeó, costándole mucho trabajo hacerse una remota idea de lo que allí había pasado. Entonces vio en el suelo el brazo cercenado de Dargemon, cuyos dedos aún conservaban, crispados, un pistola.

Orala descubrió la atónita presencia de Dole, lanzó un grito y soltando la espada corrió a refugiarse entre sus brazos.

—Dole, Dole —gimió la muchacha, temblando convulsivamente —. Ha sido horrible… Yo no quería, pero cuando todo el mundo

mataba a los demás, Dargemon quiso matarme. Cogí una espada y… Nunca he hecho algo semejante, mutilar de esta forma.

El caballero acarició sus cabellos y le susurró algunas palabras tranquilizadoras. Aquella actitud de Orala era desconocida para él, y al mismo tiempo le llenaba de gozo. Al fin la veía como una mujer asustada, pidiendo su ayuda en el mal trance que padecía.

—Se lo merecía, cariño. Sólo te defendiste. Cálmate, cálmate.

Dargemon pareció verles. Emitió roncos sonidos y se arrastró por el suelo, resbalando sobre la sangre de los desdichados que él había ordenado a sus hombres asesinar.

Durgen acudió a su lado y quedóse paralizado ante la dantesca visión. Junto con la pareja abrazada miraba sin poder parpadear aquel deslizarse de Dargemon hacia unas armas caídas, entre las que había una pistola. Aquel hombre, increíblemente, perdiendo sangre torrencialmente, aún tenía fuerzas para arrastrarse por el suelo intentando tomar un arma y disparar contra sus enemigos.

De la garganta de Dargemon sólo salían sonidos infrahumanos. Sus dedos estaba cerca de la pistola y Dole, Durgen y Orala eran incapaces de reaccionar, paralizados ante la increíble visión.

—¡Demonios, amigos! —Gritó una voz detrás de ellos, con tono desesperado—. Esto será un infierno dentro de poco. ¿Qué hacéis aquí?

Era un hombre del espacio quien les habló dentro de su escafandra transparente. Ni siquiera miró al moribundo Dargemon, que ya rozaba con las rojas yemas de los dedos la culata de la pistola. Empujó vigorosamente a los dos hombres y la mujer hacia el exterior.

Los caballeros ya retrocedían del interior de la Morada, instados por los demás seres cubiertos de brillantes armaduras. Quien conducía a Dole y sus amigos, gritaba:

—Esto va a estallar en millones de fragmentos y si no nos damos prisa, toda la ciudad.

Reaccionando, Orala gimió a su compatriota:

—Tenéis que aislar este sector…

—¡Claro que haremos eso, compañera! Pero antes tenemos que sacar del jardín a todo el mundo que podamos —el hombre sonrió a Orala—. Por cierto, que es hora que te diga que celebramos hallarte viva. Tienes mucho que contarnos, ¿no?

Ella asintió en silencio. Corrieron por los jardines y alcanzaron la salida por el destrozado muro. Sobre ellos, de nuevo la nave estaba maniobrando. De varios proyectores salió de la nave una especie de membrana que pausadamente fue cayendo sobre la Morada principalmente, pero abarcando también sectores arbolados y algunas edificaciones cercanas, como el palacete de Dargemon.

El tumulto formado en el exterior era enorme. Caballeros trataban de calmar sus monturas, pero algunas escapaban de sus manos y huían al galope por las calles.

Durgen gritaba desaforadamente que todo el mundo se alejase de allí. Dole, abrazando a Orala, terminó tomándola entre sus brazos. Ella le sonrió agradecida, reconociendo su agotamiento.

La liviana membrana que había descendido de la nave, que empezaba a tomar altura, fue adquiriendo una mayor consistencia y convirtiéndose en semitraslúcida.

—Es un escudo de fuerza —explicó un hombre del espacio—. Evitaremos que la ciudad sea destruida. La Unidad de Aproximación está a punto de explotar debido a la sobrecarga que lleva en su interior. ¡Durante muchos años nadie ha previsto aliviarla de la tensión interna!

A través de los arrasados árboles, y antes que el escudo se tornase más opaco, observaron cómo de la puerta abierta de la Morada surgían tremendos trallazos de luz roja, intermitentemente.

—Ahí hay algún loco que dispara como un poseído un arma —observó el hombre que les sacó de aquel infierno.

—Dargemon —murmuró Dole—. Es sobrehumana su resistencia.

Recordó la terrible escena y cerró los ojos. Se imaginó al mutilado Dargemon, arrastrándose entre los hombres que había asesinado, disparar sin cesar su arma contra los muros, contra todo lo que se le antepusiera dentro de la Morada.

Súbitamente, la Morada estalló, abriéndose como un fruto maduro. Pero el volcán surgido de su interior chocó contra la férrea coraza y durante muchos minutos la explosión estuvo sucediéndose continuamente, hasta que su poder fue decreciendo.

Arriba, la nave seguía controlando el escudo de energía. Luego cerró el cordón umbilical y se alejó. El poder de la explosión disminuía y el escudo aún conservaba poder suficiente para permanecer intacto hasta que el peligro cesase.

El hombre del espacio se quitó el casco y respiró con desagrado el enrarecido aire que les rodeaba.

—Bien, parece que todo ha terminado —miró a Dole—. Soy el hombre que le habló desde el cubo transmisor, amigo. Cuando bajamos hasta la nave de Orala no tuvimos tiempo de hacer las presentaciones. Soy el capitán Kramer, del Orden Imperial.

Desmadejadamente, Dole estrechó la amistosa mano que se le ofrecía.

—Ciertamente —dijo—. Entonces sólo podíamos preocuparnos en llegar lo antes posible.

—Por desgracia, ha muerto mucha gente —se lamentó Kramer.

—Pero hemos evitado muchas. Si Dargemon hubiera logrado sus propósitos, habrían sido muchos miles más de cadáveres que hubieran flanqueado su camino de conquista.

—Esos datos fueron los que decidieron a mis superiores a intervenir —asintió Kramer—. Por cierto, ahora tenemos delante una dura tarea. Supongo que alguien se hará cargo del mando local —miró interrogadoramente a Dole, pero éste negó con la cabeza.

—Este país tiene un rey, que años atrás fue justo y consiguió que sus súbditos vivieran en paz. Pronto le conocerá, capitán Kramer. Y tiene un digno sucesor, su nieto Ícaro.

—Magnífico —asintió Kramer—. Existen ciertos requisitos imprescindibles para darle a todo esto unos visos de legalidad. Orala, tú deberías marcharte en seguida. Una nave transporte llegará en unas horas y te llevará a la Tierra. Allí te espera el Centro con ansiedad. Están deseando escuchar tu informe. Durante el viaje podrás recuperarte. Seguro que luego te darán un largo permiso.

Se volvió hacia Dole.

—Y usted, amigo, será imprescindible para que me ponga al corriente de todo cuanto sucede en este mundo y lo que ha pasado.

Orala interrumpió al capitán.

—De ninguna manera, Kramer. Dole irá conmigo a la Tierra.

Kramer la miró, asombrado.

—No entiendo…

—Pues es muy sencillo. Nuestros superiores agradecerán un informe directo de un nativo de cuanto aconteció aquí. —Le miró irónicamente y preguntó—: ¿No te parece, capitán?

Kramer rió, se cuadró y saludó militarmente.

—Sí, señora. Os deseo un buen viaje. Mis hombres os darán escolta hasta las afueras de la ciudad. Allí descenderá el transporte.

Abrumado, Dole se dejó conducir por Orala a lo largo de la avenida. Varios soldados armados del Orden Estelar les flanquearon la marcha. Por el camino, los caballeros vitoreaban a la pareja, y los gritos de júbilo se unieron a los vivas lanzados al rey Stirede y su nieto Ícaro al avanzar al encuentro de los terrestres y Durgen.

—Yo me encargaré de contarle todo cuanto desee, capitán —se ofreció el señor de Iusis—. Deje que ellos se encuentren mutuamente. Por cierto, ¿por qué saludó de esa forma a Orala?

—Sencillamente, porque es mi superior. Ella es comandante —miró, incrédulo a Durgen—. ¿Es que no lo sabían?

—No, y me alegro que Dole no se haya enterado, capitán —rió Durgen.

—No entiendo…

—Es posible, pero déjeles que ellos se las arreglen —Durgen miró con recelo al capitán—. Bueno, no sé si usted conoce el hecho que Dole y Orala han convivido juntos varios días… Ya sabe usted.

Kramer le devolvió una sonrisa amplia.

—Eso entre nosotros carece de la menor importancia. Somos totalmente libres respecto al sexo.

Durgen resopló:

—Pobre señor de Taran. Le espera un duro viaje.

—Oh, no piense mal. Entre nuestras parejas existe amor también. Y algunas veces muy duradero. ¿Por qué no?

—Ocupémonos de otras cosas más acuciantes, señor —dijo Durgen cuando Stirede se aproximó acompañado de Ícaro—. Le presento al rey Stirede de Haramal. Supongo que no habrá inconveniente por parte de sus superiores para que vuelva a ocupar el trono que le arrebato Dargemon. Eso contraría mucho a los caballeros.

—Por el contrario, nos alegra que alguien les represente. Entre ustedes y nosotros hay mucho que dialogar —asintió Kramer, saludando al eufórico rey con una inclinación de cabeza.

* * *

Dole y Orala dejaron atrás, la ciudad. El día terminaba y de la urbe ya no surgían los intermitentes destellos dorados que le habían

dado el nombre.

—Aquí es —dijo Dole.

La unidad de transporte era enorme y flotaba a un par de metros de la vegetación. Escaleras de energía eran usadas por muchos hombres y mujeres para descender. Por otra parte, centenares de cubos metálicos eran escupidos desde las bodegas. Los seres de las estrellas se aprestaban a iniciar su ayuda al viejo planeta aislado de sus hermanos durante siglos.

Un hombre que vestía un moho escarlata se les acercó. No parecía un soldado, sino un funcionario. Les dijo sonriente:

—El capitán Kramer me anunció su llegada. —Miró a Orala—. Señora, el transporte partirá en unos minutos. Le ruego que embarque cuanto antes.

Saludó y se reintegró a su trabajo. Rápidamente estaba creciendo una ciudad provisional a un centenar de metros de la gigantesca nave.

Descabalgaron y Orala tomó la mano de Dole. Dijo:

—Vamos, cariño. Estoy ansiosa porque conozcas la Tierra.

Él la tomó entre sus brazos y la besó. Luego, cogidos por la cintura, se dirigieron a la nave. Nadie les prestaba la mínima atención. Cada hombre y mujer estaba ocupado en su trabajo.

—Pero algún día regresaremos —dijo Dole, y Orala asintió.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).